

Importancia de la lectura

Por Rigoberto Lasso Tiscareno

*Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con los ojos a los muertos.*

*Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
o enmiendan, o secundan mis asuntos,
y en músicos callados contrapuntos
al sueño de la vida hablan despiertos.*

Quevedo¹

¹ Pedro Lain Entralgo, “Notas para una teoría de la lectura” Citado por Moisés...*Op. Cit.* Página 149

“Importa, para que los individuos tengan la capacidad de juzgar y opinar por sí mismos, que lean por su cuenta”.

Harold Bloom

“En definitiva, leemos...para fortalecer nuestra personalidad y averiguar cuáles son sus auténticos intereses”

Harold Bloom

En un ensayo seguramente conocido por los admiradores de José Ortega y Gasset, titulado *Psicología del hombre interesante*, el renombrado filósofo español diserta sobre el encanto del amor. Del título del ensayo nada trata pero el lector atraído por la perspectiva de ser un hombre interesante, queda atrapado, pues ya adquirió el texto, y tiene que conformarse con las elucidaciones del autor sobre el amor.

En el caso del presente texto el título si tiene directa referencia con el contenido. Es, en la tradición Ortegassetiana, una forma de promover la lectura. Un mero pretexto para despertar el deseo de leer.

Actualmente la mayoría de los habitantes adultos del país saben leer y escribir. Eso da una cifra de decenas de millones de personas; tan solo en educación superior existen actualmente casi dos millones de estudiantes. Sin embargo los tirajes de las principales publicaciones son de unos cuantos miles de ejemplares. Ni periódicos, ni revistas, mucho menos libros se editan en un número de ejemplares cercano al de los millones de mexicanos que saben leer y escribir²

Se estima que unos doce millones de personas en el país compran diarios, revistas, fotonovelas o historietas, en cambio "...hay apenas poco más de medio millón de compradores de libros"³ y las

El analfabetismo es un problema a escala planetaria: "El proceso de alfabetización está en lento crecimiento en términos de porcentaje, pero el número de analfabetos es cada día mayor en términos numéricos y ya ha superado los mil millones. En 1980 había una tasa de analfabetismo del 28.6 por ciento, correspondiente a 824 millones de individuos; en 1985 el porcentaje había descendido ligeramente al 28 por ciento, pero el número total llegó a 889 millones" Armando Petrucci, "Leer por leer: un porvenir para la lectura" en

ediciones de las obras de nuestros autores más consagrados suman unos cuantos miles de ejemplares. Es tal la penuria del número de lectores habituales en el país, que se sabe no llegan a cinco los escritores nacionales que viven de su obra, y ello sucede más por regalías y derechos de las traducciones o adaptaciones a otros géneros artísticos, que por las ventas de sus originales en el interior del país.

Los datos anotados nos dan una precisa idea de que en el país los lectores habituales son una cifra muy reducida. Pero, qué es un lector habitual. Es aquel que tiene la costumbre de leer un texto más o menos largo, de páginas completas, en lugar de las frases elementales de los globitos, donde no hay espacio para profundizar en las ideas, en la información o naturaleza de los personajes. Como acertadamente afirma Felipe Garrido: “Quien está tan acostumbrado a leer sólo fotonovelas, historietas y otras publicaciones por el estilo, que no puede leer textos más extensos y complicados, en realidad nunca ha aprendido a leer de a de veras”⁴ Se pregunta este autor “¿Quién es un lector auténtico? En primer lugar, es alguien que lee por voluntad propia, porque sabe que leyendo puede encontrar respuestas a sus necesidades de información, de capacitación, de formación, y también por el puro gusto, por el puro placer de leer”. En otros términos, significa que se ha descubierto que la lectura es una parte

Guglielmo Cavallo y Roger Chartier *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Editorial Taurus 1998 España, Pág. 523

³³ Felipe Garrido, *Como leer (mejor) en voz alta. Una guía para contagiar la afición a leer*. Fundación Mexicana para el Fomento de la Lectura, México

⁴ *Ibidem* pág. 10

importante de la vida, que la lectura es una fuente de experiencias, emociones y afectos; que puede consolarnos, darnos energías, inspirarnos. Significa que se ha descubierto el enorme poder de evocación que tiene la lectura. “Que alguien lea por puro gusto, por el placer de leer, es la prueba definitiva de que realmente es un buen lector, de que tiene la afición de leer”.

Nuestro país tiene uno de los sistemas educativos más grandes del mundo. Los alrededor de 31 millones de estudiantes con que cuenta actualmente significan más que la totalidad de habitantes de cada uno de los países latinoamericanos, salvo Brasil y Argentina. Tan grande sistema educativo debiera ser el sustento de un dinámico mercado del libro mexicano, al menos los casi cinco millones de estudiantes de preparatoria y universidad (o sus equivalentes). Pero no es así, ni siquiera el cuantioso número de estudiantes en educación superior, o tan siquiera el importante número de profesores de Instituciones de Educación Superior, que suman casi 200 000 profesores son demandantes sistemáticos de libros; en otras palabras, el número de lectores habituales en el país es una cifra extremadamente reducida. Somos una nación donde no se lee.

Estas cifras tan altas de personas que cotidianamente tratan con materiales impresos, no adquieren textos nuevos o simplemente no leen habitualmente. Cabe suponer que simplemente no leen o, si lo hacen, es ocasionalmente o sobre impresos publicados en un pasado remoto, en todo caso, no están actualizados y, desde luego, no leen sistemáticamente literatura; no son pues lectores habituales.

La mayoría de ellos, inclusive los de educación superior, profesores y estudiantes -en el mejor de los casos- se limitan a consultar sus libros de texto, leen por obligación, o sea que leen mal, sin comprender cabalmente y no obstante su alta escolaridad, no han adquirido el hábito y descubierto el placer de la lectura. En consecuencia, no conocen una de las principales aportaciones de la lectura: abrir nuevos horizontes.

No basta leer muchos libros de texto, ni pasar muchos años en la escuela para convertirse en auténticos lectores. Usualmente, desde que se culmina la primaria, la mayoría de los niños no tienen libros ni revistas en su casa. Ni existen condiciones de acceso a bibliotecas donde consultarlos. La mayoría de los mexicanos no están acostumbrados a ver leer a sus padres y, a menudo, en muchos de los hogares, en el mejor de los casos, ocasionalmente solo se lee el periódico.

Los educadores y los sociólogos han demostrado que a mayor nivel de ingreso familiar, mayor nivel de capital cultural (capital simbólico en términos de Bourdieu) y, con frecuencia, mayor nivel de escolaridad. A partir de estratos de clase media y niveles superiores, sobre todo cuando se es descendiente de padres con estudios superiores, el acceso a materiales impresos, particularmente libros, resulta más frecuente. Existe una tendencia general en ese sentido, pero no es una ley ineluctable que ocurra de modo inexorable. Para hacer dinero no se necesitan muchas lecturas. Para muchas otras

cosas si, y más valederas e importantes, como veremos en estas líneas. La idea central a destacar ahora es que la mayoría actual de nuestros estudiantes universitarios son la primera generación de su familia que accede a educación superior y, en consecuencia, la mayoría de sus hogares no cuentan con libros, ni existe la sana costumbre de leer. Inician una carrera universitaria en condiciones muy desventajosas para incorporar acervos de cultura que no tuvieron la fortuna de heredar. Son los huérfanos de la lectura. El esfuerzo que deben realizar en relación a condiscípulos más afortunados, es adicional a la de los requerimientos de la carrera que seleccionaron. A marchas forzadas deberán, si son conscientes de sus carencias, incorporar las lecturas que no heredaron. Entonces no solamente necesitarán leer sus libros de texto, sino frecuentar otros géneros de literatura que les pertreche para el ejercicio profesional en mercados de trabajo cada vez más competidos, donde las capacidades de comunicación oral y escrita son más intensamente demandadas. Estudios serios sobre el desempeño profesional revelan que los profesionales más exitosos, son aquellos que en su ejercicio tienen una alta capacidad de comunicación oral y escrita.

Lo que aquí quiere destacarse es la idea de que pocos estudiantes llegan a leer bien, inclusive sus libros de texto. Muchos pueden repetir oraciones largas de sus libros de texto, memorizar párrafos completos y repetirlos literalmente, pero pocos pueden comprender y sentir lo que leen.

El leer correctamente es más que simplemente recorrer con los ojos las palabras de un texto. Es establecer un vínculo con el texto que involucra al lector intelectual y emocionalmente. Es desarrollar la facultad de comprender y sentir plenamente un escrito, capacidad que se desarrolla a medida que se frecuenta y ejercita la habilidad intelectual de leer, que es algo mucho más complejo que la sencilla alfabetización. El aprender a leer solo se consigue leyendo. No hay otra vía. En la actualidad nuestros jóvenes tienen una cultura muy ajena a los caminos que conducen a los placeres de la lectura. Pasaron usualmente de una infancia de adicción a la televisión a una adolescencia adicta a la computadora; arribaron a la juventud sin mediaciones de materiales impresos seleccionados por voluntad propia, sus formaciones están conformadas por imágenes, se nutrieron en las pantallas y son, para decirlo en términos de la física, nutrientes de dos dimensiones, planas y chatas. En palabras del gran escritor chihuahuense Jesús Gardea, ven el mundo y lo que les rodea como veían los seres vivos de la era cuaternaria, en planos de dos dimensiones. Todavía no alcanzan a percibir la profundidad de la realidad y alcanzar a pensar que lo existente tiene tres dimensiones.

Por otra parte, el mundo de imágenes a que están acostumbradas las generaciones actuales, transmitidas por la televisión, internet o el cine, sólo plantean ideas muy elementales, ninguna idea minimamente elaborada puede explicarse solamente con imágenes, se requiere, obligadamente de palabras, de textos impresos aunque sea en los monitores o de amplias explicaciones orales que sustituyan los escritos.

La lectura es una práctica activa, dinámica. Muy diferente al criterio común, particularmente en el seno familiar cuando se trata de tareas domésticas, se sostiene: que lo haga fulano, no está haciendo nada, solo esta leyendo. Cual si fuera una simple forma de ocupar el tiempo, sin percatarse que la lectura implica poner en juego la atención, la capacidad de concentración, liberar la mente de otras preocupaciones y sumergirse en un mundo de desarrollo de la imaginación, de despertar la capacidad de fantasía para trasladarse a otros tiempos y a otros lugares; de involucrarse en tramas que transforman y permiten vivir otras vidas. En una palabra, facilitan el desarrollo de las facultades intelectuales, las emociones y la imaginación. La sensibilidad, igual que las habilidades o las destrezas también se educa y se refina. Hay quien nace y crece con una sensibilidad de tortuga, de carapacho, que no aspira a refinarse y nunca puede alcanzar el disfrute de las altas expresiones de la cultura universal, gente que nace tosco y muere palurdo. Asegura Guglielmo Cavallo “El abismo, esencial pero tosco, entre lectores cultos y analfabetos, no agota las diferencias en la relación con lo escrito. Todos quienes pueden leer los textos no los leen de la misma manera y, en cada época, grande es la diferencia entre los doctos bien dotados y los más torpes de los lectores. Contrastes, finalmente, entre unas normas y unas convenciones de lectura que, en cada comunidad de lectores, definen unos usos legítimos del libro, unos modos de leer, unos instrumentos y unos procedimientos de interpretación. Y contrastes, por último, entre las esperanzas y los intereses tan diversos que los diversos grupos de lectores ponen en la práctica de leer. De esas

determinaciones, que gobiernan las prácticas, dependen las maneras en que pueden ser leídos los textos, y leídos de modo diferente por lectores que no comparten las mismas técnicas intelectuales, que no mantienen una relación semejante con lo escrito, que no otorgan ni el mismo significado ni el mismo valor a un gesto aparentemente idéntico: leer un texto”⁵

Por otra parte- aseguran Guglielmo Cavallo y Roger Chartier- “La lectura no es solamente una operación intelectual abstracta: es una puesta a prueba del cuerpo, la inscripción en un espacio, la relación consigo mismo o con los demás”. Es también una relación social que ha cambiado a lo largo de la historia, que pasó por ejemplo por la práctica de la lectura en voz alta, compartida y comentada, para llegar a la actual individual y en silencio, pero no por ello menos socializada como luego veremos. Por su parte, recuerdan los referencistas citados “Los autores no escriben libros: no, escriben textos que se transforman en objetos escritos – manuscritos, grabados, impresos y, hoy, informatizados – manejados de diversa manera por unos lectores de carne y hueso cuyas maneras de leer varían con arreglo a los tiempos, los lugares y los ámbitos”.

Donde más ilustrativa resulta la condición social de la lectura es en su análisis desde la perspectiva de género y de clase social. En un penetrante ensayo Martyn Lyons nos refiere el devenir de la lectura

⁵ Guglielmo Cavallo y Roger Chartier *Historia de la lectura en el mundo occidental* , Editorial Santillana S. A. Taurus, 1998, Madrid, página 13

desde esas dos perspectivas⁶. El acceso a la educación elemental es relativamente una conquista reciente para las mujeres. Recuerda que a fines del siglo XVIII en las escuelas públicas rusas, sólo el 9% de los estudiantes eran niñas, y lo mismo ocurría en Navarra durante 1807. En 1872, en Cette, el 94% de los usuarios de las bibliotecas eran hombres, en Pau el 80%, y en Ruán, en 1865, el 88%. Dice que “El siglo XIX asistió al florecimiento de las revistas femeninas y al surgimiento de un fenómeno comparativamente nuevo: la literata”, pues “Las escritoras, salvajemente censuradas por publicaciones satíricas como *Le Charivari*, que las tachaba de amenaza para la estabilidad doméstica, dejaron su impronta. La imagen tradicional de la mujer lectora - nos dice- tendía a ser la de una lectora religiosa, devota de su familia, muy lejos de las preocupaciones que agitaban a la vida pública. Anota que “Aunque las mujeres no eran las únicas que leían novelas, se las consideraba el principal objetivo de la ficción popular y romántica. La feminización del público lector de novelas parecía confirmar los prejuicios imperantes sobre el papel de la mujer y su inteligencia. Se creía que gustaban de la novela porque se las veía como seres dotados de gran imaginación, de limitada capacidad intelectual, frívolos y emocionales. La novela era la antítesis de la literatura práctica e instructiva. Exigía poco, y su único propósito era entretener a los lectores ociosos. Y, sobre todo, la novela pertenecía al ámbito de la imaginación. Los periódicos, que informaban sobre los acontecimientos públicos, constituían por lo general una reserva masculina; las novelas que solían tratar de la vida interior, formaban

⁶ Martyn Lyons “ Los nuevos lectores del siglo XX: Mujeres, niños, obreros” en Cavallo y Chartier, *Op. Cit.* Pp. 473 y ss *En lo que resta del apartado las referencias son de este autor.*

parte de la vida privada a la que se relegó a las burguesas del siglo XIX.

Esto suponía una amenaza para el marido y padre de familia burgués del siglo XIX: la novela podía excitar las pasiones y exaltar la imaginación femenina. Podía fomentar ciertas ilusiones románticas poco razonables y sugerir veleidades eróticas que hacían peligrar la castidad y el orden de sus hogares. Por ello, la novela del siglo XIX se asoció con las cualidades (supuestamente) femeninas de la irracionalidad y la vulnerabilidad emocional. No fue casual que el adulterio femenino se convirtiera en el argumento arquetípico que simbolizaba la trasgresión social...” Más adelante señala que “Cuando ambos sexos se mezclaban en calidad de lectores, la mujer solía ocupar una posición sometida a la tutela del varón. En ciertas familias católicas se prohibía a las mujeres leer el periódico. Era corriente que un varón lo leyera en voz alta. Ésta era una tarea que en ocasiones implicaba cierta superioridad moral y el deber de seleccionar o censurar el material apto para los oídos femeninos”. Más adelante refiere que “En la memoria de muchas mujeres de la clase trabajadora prima el tiempo dedicado a pelar patatas, bordar, hacer pan y jabón. No había tiempo para recrearse. De niñas, recuerdan haber temido el castigo si eran sorprendidas leyendo. Las obligaciones domésticas eran lo primero, y admitir que se leía equivalía a confesar negligencia en el cumplimiento de sus responsabilidades frente a la familia. La imagen ideal de la buena ama de casa parecía incompatible con la lectura”.

Una idea muy generalizada por aquellos tiempos era el convencimiento aristocrático de que no era saludable ni conveniente socialmente el que los plebeyos leyeran: “La lectura es la llave que abre los tesoros de las Sagradas Escrituras, afirma en 1812 un párroco de Oxfordshire, antes de insistir en que la enseñanza de la escritura y la aritmética podía fomentar de un modo peligroso las ilusiones de forjarse una carrera entre los habitantes pobres del campo”

Son bastante conocidas, por lo ampliamente documentadas las luchas de la clase obrera en el mundo por limitar la duración de la jornada de trabajo.

En Inglaterra, a comienzos del siglo XIX la jornada de 14 horas era algo normal, pero hacia 1847 el sector textil ya la había reducido a 10 horas diarias. En la década de 1870, los artesanos londinenses solían trabajar una media de 54 horas semanales. En Alemania, en cambio, la reducción de la jornada a 12 horas sólo se logró lentamente a partir de 1870.

Algunas experiencias de lectores que se hicieron en lucha contra la adversidad de haber nacido en condiciones miserables, y que nos es posible conocer ahora por haberlas superado y llegar a ser personajes conocidos en la historia, nos ilustran de las ventajas de que gozan muchos de nuestros jóvenes estudiantes, verdaderamente privilegiados por lograr acceder a la educación superior, circunstancia que no aprovechan al dejar de lado o frecuentar poco la lectura. “Que

desperdicio, escribe el ebanista James Hopkinson, es la vida de aquel que no tiene un libro predilecto, ningún almacén de ideas o gozosa recolección de lo que ha hecho, experimentado o leído”

“Las autobiografías de los obreros describen su determinación de superar la pobreza y la carencia de medios a fin de llegar a entender su mundo. Thomas Wood, mecánico de Yorkshire, alquilaba a los 16 años un periódico por un penique a la semana, cuando el periódico carecía ya de actualidad, y lo leía a la luz de la lumbre porque no se podía permitir una vela ...Máximo Gorki que carecía de formación, era un ferviente lector en 1887 a pesar de trabajar catorce horas diarias en una panadería de Kazan, uno de los lugares que retrata con ironía en *Mis universidades*” Llegó a afirmar “Habría sido capaz de dejarme torturar por tener la oportunidad de estudiar en una universidad”

Un caso verdaderamente ilustrativo del esfuerzo por conquistar la capacidad de leer es el de Thomas Cooper, zapatero, dirigente sindicalista en la Inglaterra de mediados del siglo antepasado “... leía cada mañana desde las tres o cuatro de la madrugada hasta las siete, y también durante las comidas, y luego desde las siete de la tarde hasta caer exhausto. Nunca dejaba de recitar algún texto mientras trabajaba en el taller de su patrón. En 1828, a los 21 años, Cooper sufrió un colapso físico por el que se vio obligado a guardar cama durante varios meses”.

Los autodidactas se plegaban a su deseo de estudiar y progresar con una determinación a menudo rayana en la obsesión. De hecho, no podía ser de otro modo si querían superar los obstáculos materiales que les separaban de sus objetivos. La pobreza, la falta de tiempo y de privacidad hacían que el estudio estuviera vedado excepto a los más entregados.

La estrechez de las viviendas obligaba a muchos lectores obreros a estudiar en los bosques y los campos. El obrero y poeta inglés John Clare escribía al aire libre, y allí compuso su obra en secreto. Se escondía detrás de los setos y canales, y pergeñaba sus pensamientos apoyándose en su sombrero.

La falta de luz era otro problema en los hogares obreros. En la Inglaterra de comienzos del siglo XIX las ventanas eran escasas, y las velas muy caras. Para W.E. Adams, “las velas y candiles hacían poco más que dar contorno a la oscuridad”. “Es casi mejor”, prosigue, “que la mayor parte de la población sea iletrada, ya que los incesantes esfuerzos por extraer ventajas de la lectura tras la puesta del sol sin duda habrían arruinado la vista del país entero”

Para finalizar este apartado sobre los condicionamientos de género y clase, con múltiples referencias al ensayo de Martyn Lyons se cita a continuación un párrafo de clausura del tema, del mismo autor: “La mejora de uno mismo – material, moral e intelectual –constituía un objetivo muy exigente. Requería una gran aplicación y capacidad de sacrificio. Había que reservar tiempo para adquirir conocimientos,

ahorrar dinero para la compra de libros, sacrificar horas de sueño, arriesgarse a perder salud y amigos en ese impulso guiado por un ferviente deseo por leer y saber más. Este afán de perfeccionamiento a menudo se inspiraba en una fe protestante anticonformista y a menudo iba de la mano de la promesa de abstenerse de beber alcohol. Esto también denota una gran autodisciplina y el deseo de destacar entre los compañeros". Estos ejemplos narrados de un texto traducido, sobre personajes y autores poco conocidos en nuestro medio, no son del todo extraños a nuestra historia. Imagínese, por ejemplo, las vicisitudes y problemas que enfrentaron para su formación en el México del siglo XIX, indios puros, nacidos en la más desolada orfandad, como Benito Juárez o Ignacio Manuel Altamirano, liberales ambos y destacados en la historia, como políticos, políglotas, escritores y luchadores sociales. O los casos aun más actuales, porque hasta hace poco todavía estaban entre nosotros, como los de Juan José Arreola, o de Gastón García Cantú, que no tuvieron acceso a la educación primaria y eran al final de sus vidas esclarecedoras eruditos profesores de la Universidad Nacional Autónoma de México, consagrados escritores con una obra traducida a muchos idiomas.

De acuerdo con Felipe Garrido: "Para lograr una buena lectura hace falta seguir, sentir y comprender el texto no por palabras sueltas, sino combinando las frases, los párrafos, las secciones o capítulos en unidades de significado cada vez más amplias, hasta llegar a la comprensión de una obra en su totalidad. Un lector ya formado realiza esta operación de manera inconsciente, pero los lectores que

comienzan y los que todavía no son suficientemente expertos necesitan ayuda para acostumbrarse a reconocer las unidades de significado”⁷

Ello ocurre – dice este autor- cuando se aprende a dar sentido a más palabras y frases, a más noticias, sentimientos, emociones e ideas. O sea a conocer a plenitud esas unidades de significado. A reconocer lo dicho en contextos diferentes y a comprender conocimientos y experiencias que ya se habían pensado, sentido y vivido. La lectura no puede sustituirse con otras actividades, sostiene Garrido, porque la lectura “... es un ejercicio de muchas facultades: la concentración, la deducción, el análisis, la abstracción, la imaginación, el sentimiento. Quien no lee deja de ejercitar estas facultades, y no solamente las va perdiendo, sino que también dejará de tener muchos buenos ratos”.

Aprendizaje de la lectura

La lectura es una afición, difícilmente se enseña, más bien se contagia. Normalmente se aprende por imitación, como los pasatiempos, los deportes o los juegos de distracción que nos atraen. De ahí que entre más temprana sea la edad para iniciarse en su práctica más sana será y más pronto se llegará a ser un lector calificado. Por lo que es altamente recomendable que los niños se familiaricen con los libros, que vean a los adultos cercanos leyendo y empiecen a experimentar curiosidad y deseos de leer por el solo

⁷ Garrido, *Op. Cit.* Pág. 13

placer de hacerlo, así, más pronto llegarán a la plenitud como los lectores expertos.

A propósito señala el influyente crítico literario Harold Bloom: “No hay una sola manera de leer bien, aunque hay una razón primordial para que leamos. A la información tenemos acceso ilimitado, pero ¿dónde encontramos la sabiduría? Si uno es afortunado, tal vez se tope con un maestro que lo ayude; pero al cabo está solo y debe seguir adelante sin más mediaciones. Leer bien es uno de los mayores placeres que puede proporcionar la soledad, porque, al menos según mi experiencia, es el más saludable desde un punto de vista espiritual. Hace que uno se relacione con la alteridad, ya sea la propia, la de los amigos o la de quienes pueden llegar a serlo. La invención literaria es alteridad, y por eso alivia la soledad. Leemos no sólo porque nos es imposible conocer a toda la gente que quisiéramos, sino porque la amistad es vulnerable y puede menguar o desaparecer, vencida por el espacio, el tiempo, la falta de comprensión y todas las aflicciones de la vida familiar y pasional”⁸

Más adelante, este profesor de Yale, de quien se dijo que “Leer los comentarios de Harold Bloom es como leer a los clásicos a la luz de los relámpagos” da algunos consejos para el aprendizaje de la lectura. En primer término aconseja *limpiar la mente de tópicos*, olvidarse de lugares comunes o clichés; en segundo lugar, recomienda: “*No trates de mejorar a tu vecino ni a tu ciudad con lo que*

⁸ Harold Bloom *Cómo leer y por qué*, Editorial Anagrama Colección Argumentos, Barcelona España, 2000, pág. 13 y ss.

lees ni por el modo en que lo lees. El fortalecimiento de la propia personalidad – explica- ya es un proyecto bastante considerable para la mente y el espíritu de cada uno: no hay una ética de la lectura. Hasta que haya purgado su ignorancia primordial, la mente no debería salir de casa; las excursiones prematuras al activismo tienen su encanto, pero consumen tiempo, que forzosamente se restará de la lectura”

Más adelante anota el tercer consejo: “*El intelectual es una vela que iluminará la voluntad y los anhelos de todos los hombres* –y pasa a explicarse- No hay por qué temer que la libertad que confiere el desarrollo como lector sea egoísta, porque si uno llega a ser un lector como es debido, la respuesta a su labor lo confirmará como iluminación de los demás”.

Su cuarto principio: “*Para leer bien hay que ser inventor.* Lo fundamenta así: “La confianza en sí mismo no es un don ni un atributo, sino una especie de segundo nacimiento de la mente, y no sobreviene sin años de lectura profunda...Con frecuencia, aunque no siempre nos demos cuenta, leemos en busca de una mente más original que la nuestra”. Más adelante sostiene “Como la ideología, sobre todo en sus versiones más superficiales, es especialmente nociva para la capacidad de captar y apreciar la ironía, sugiero que nuestro quinto principio para la renovación de la lectura sea la *recuperación de lo irónico* (aunque señala que con este último principio)...me siento próximo a la desesperación, porque enseñarle a alguien a ser irónico es tan difícil como instruirlo para que desarrolle plenamente su

personalidad”. Termina su alocución con un reclamo final: “Hay una versión de lo sublime para cada lector, la cual es, en mi opinión, la única trascendencia que nos es posible alcanzar en esta vida, si se exceptúa la trascendencia todavía más precaria de lo que llamamos <<enamorarse>>. Hago un llamamiento a que descubramos aquello que nos es realmente cercano y podamos utilizar para sopesar y reflexionar. A leer profundamente, no para creer, no para contradecir, sino para aprender a participar de esa naturaleza única que escribe y lee. A limpiarnos la mente de tópicos, no importa qué idealismo afirmen representar. Sólo se puede leer para iluminarse a uno mismo: no es posible encender la vela que ilumine a nadie más”

Superarse como lector aumenta la capacidad de aprendizaje, mejora y depura el uso del lenguaje, ajusta el razonamiento, retiene la memoria, refina la sensibilidad e incrementa la capacidad creativa.

Es fama común lo malo que son los docentes de matemáticas, que no facilitan la comprensión de sus áridos temas, pero a juzgar por los resultados de la poca o nula afición a la lectura de todas las generaciones que han pasado al menos por los estudios de la Secundaria, los más malos profesores son los de Literatura que no logran crear un acercamiento mínimo al mundo de la lectura. No aficionan a sus estudiantes a leer, ni despiertan el amor a los libros.

“La producción de libros crece vertiginosamente en todo el mundo, tanto en los dos países gigantes, EE UU y URSS (al menos hasta 1989), como en Europa... En 1975 fueron producidos en el mundo 572

000 títulos; en 1980, 715 000; en 1983, 772 000. A principios de los ochentas, Europa, con un 15 por ciento de la población mundial, producía aún el 45.6 por ciento de los libros en el planeta; la URSS con el 8.1 por ciento de la población, el 14.2 por ciento y Estados Unidos, con el 7.5 por ciento de la población, el 15.4 por ciento. Este cuadro está destinado a cambiar en el futuro, pero no de un modo radical, ni excesivamente rápido.

Por lo que respecta a la prensa, en 1982 se producían en todo el mundo 8220 periódicos, de los cuales 4,560 en los países desarrollados (en USA, 1,815). Era muy abundante la circulación de ejemplares en países con una antigua tradición de lectura y de información: en Gran Bretaña se contaban 690 ejemplares por cada mil habitantes; en Japón, 751; en Suecia y en Alemania del Este, 496; y en Francia, 205.

... Los préstamos de libros efectuados en las bibliotecas públicas proporcionan datos análogos. Según el cómputo de 1980, Estados Unidos está en cabeza con 986 millones de volúmenes, seguido de la URSS, con 665 millones, y por Gran Bretaña, con 637, lo que quiere decir que, dado el porcentaje de población, este último es el país en el que la circulación librera por la vía del préstamo es la más alta del mundo. Le siguen Francia con 89 millones, Dinamarca con 79 y Suecia con 77; pero para estos dos últimos países valen las mismas consideraciones que hemos planteado para Gran Bretaña... Las áreas en las que la circulación de textos escritos es menor o ínfima son aquellas no sólo débiles económicamente, sino también donde la

presión demográfica es más fuerte y se mantiene a la mujer al margen del proceso educacional”⁹.

A propósito de bibliotecas, Petrucci sostiene algo que muchos sospechamos: “Por otra parte, las ciencias bibliográficas, caracterizadas desde sus lejanos orígenes en el siglo XVI por un profundo ideologismo disfrazado de abstracto y objetivo tecnicismo, durante siglos han elaborado y ofrecido a la organización de la cultura escrita occidental criterios de selección y de interdicción y jerarquías de valores y de dependencias que, introducidos mecánicamente en las estructuras de la conservación y del uso y repetidos mecánicamente, han llegado a ser por sí mismos fuentes de autoridad y por ello de juicio inapelable incluso para el lector común, para la opinión pública y para el llamado público, que es el que lee y el que compra.

Aún hoy día, en los Estados Unidos y en el mundo, el criterio de clasificación y colocación de los libros más difundido es el que fue elaborado en el lejano 1876 por el entonces joven bibliotecario estadounidense Melwil Dewey”. “La perpetuidad en el tiempo del esquema de Dewey puede, pues, ser considerado uno de los más significativos síntomas de la existencia y persistencia de los mecanismos coercitivos que regulan en nuestra cultura la difusión del libro, su circulación y su utilización misma”.¹⁰

⁹ Armando Petrucci, *Op. Cit.* Pp. 524-5

¹⁰ *Idem.* P. 529

Una de las consecuencias más nefastas de la transculturización a que nos vemos sometidos, entre otros factores por la influencia norteamericana, es que en nuestro medio ocurren circunstancias similares a las de ese país, como la descrita en las siguientes líneas: “Por otra parte, Estados Unidos es el país en el cual es más clara la diferencia entre una cultura juvenil mediática, volcada en la música rock, el cine, la televisión y los juegos electrónicos y que deja en segundo plano la lectura, limitada ésta a obras de narrativa contemporánea y sobre todo de ciencia-ficción y tebeos (comics); y una cultura juvenil tradicionalmente cultivada, que se basa en la lectura de libros, en la asistencia al teatro y al cine de calidad, en escuchar música clásica y en el uso sólo complementario de las nuevas tecnologías mediáticas”¹¹

Una asombrosa cuantificación revela los siguientes datos: “Por otra parte, según otras fuentes, en Estados Unidos no sólo está en crisis el alfabetismo de masas, sino también la lectura de calidad, la de los lectores preparados, que leen frecuentemente y por convicción y que crean opinión. Según el juicio, completamente informal, de un experto en la industria editorial estadounidense, en todo el país (habitado por 236 millones de personas) estos lectores experimentados no suman más de 15 ó 16 000, a los cuales habría que añadir unos 500 o 600 lectores de poesía”.¹²

¹¹ Armando Petrucci, *Op. Cit.* Pág. 531

¹² *Ibidem* P. 533

“El caso japonés es una cuestión aparte, como ya se ha apuntado, ya que los habitantes del Imperio del Sol constituyen la más grande concentración de lectores “experimentados” que se conoce, a lo que corresponde una industria editorial moderna, altamente organizada y sofisticada, que produce casi 40 000 títulos al año con una tirada total de cerca de mil millones y medio de ejemplares y que cuenta con unas 5 000 empresas ... El lector japonés lee abundantemente porque posee un nivel cultural muy elevado y porque considera un deber estar informado y formado por la cultura escrita, en un país en el que el prestigio de la escuela y la universidad están fuera de toda discusión”.¹³

“Contrariamente a lo que sucedía en el pasado, hoy en día la lectura ya no es el principal instrumento de culturización que posee el hombre contemporáneo; ésta ha sido desbancada en la cultura de masas por la televisión, cuya difusión se ha realizado de un modo rápido y generalizado... En general, se puede afirmar con seguridad que hoy día en todo el mundo el papel de información y de formación de las masas, que durante algunos siglos fue propio de la producción editorial, y, por tanto, “para leer”, ha pasado a los medios audiovisuales, es decir, a los medios para escuchar y ver, como su propio nombre indica ...Como es sabido, el uso del mando a distancia del televisor ha proporcionado al espectador la posibilidad de cambiar instantáneamente de canal, pasando de una película a un debate, de un concurso a las noticias, de un anuncio publicitario a una telenovela, etc. En una vertiginosa sucesión de imágenes y episodios. De un

¹³ *Ibídem* Pág. 533

hábito de estas características nacen en el desorden no programado del vídeo nuevos espectáculos individuales realizados con fragmentos no homogéneos que se superponen entre ellos. El telespectador es el único autor de cada uno de estos espectáculos, ninguno de los cuales se incluye en el cuadro de una cultura orgánica y coherente de la televisión, pues, efectivamente, son a la vez actos de dependencia y actos de rechazo y constituyen en ambos casos el resultado de situaciones de total desculturización, por una parte y de original creación cultural, por otra. El *zapping* (nombre angloamericano de esta costumbre) es un instrumento individual de consumo y de creación audiovisual absolutamente nuevo. ...Esta práctica mediática, cada vez más difundida, supone exactamente lo contrario de la lectura entendida en sentido tradicional, lineal y progresiva; mientras que está muy cercana a la lectura en diagonal, interrumpida, a veces rápida y a veces lenta, como es la de los lectores desculturizados. Por otra parte, es verdad que el telespectador creativo es en general también capaz de seguir, sin perder el hilo de la historia, los grandes y largos enredos de las telenovelas, que son las nuevas compilaciones épicas de nuestro tiempo, síntesis enciclopédicas de la vida consumista, cada una de ellas puede corresponder a una novela de mil páginas o a los grandes poemas del pasado de doce o más libros cada uno”.¹⁴

A propósito del tema Luis Gregorich sostiene que: “Los medios de masas, justamente por su índole masiva, se sustentan en mensajes relativamente unívocos y fáciles de conceptuar; no se presenta, pues,

¹⁴ *Ibidem* pág. 542

la alta cuota de ambigüedad y connotación de la literatura y el arte. Baste ver, por ejemplo, la adaptación televisiva de una importante novela: el discurso narrativo es reducido a una serie de situaciones claras y netas y de personajes bien contrastados; la fábula es despojada por lo general de sus elaboraciones laterales. La “noticia” periodística, por otra parte, es en principio lo menos ambiguo que se puede concebir, pues parece basarse en una relación muy estrecha y obvia entre el texto y su referente. En este fértil terreno se asienta, desde un comienzo, el encubrimiento. Las clases que desempeñan el poder controlan, en forma tácita o explícita, la organización de los medios y su mensaje, y por ello a cada rato deberemos leer “ideológicamente” las propuestas de este último. La literatura y el arte, a causa de su larga tradición y de su público siempre minoritario, no pueden ni necesitan ser manipuladas en forma tan directa por parte del poder (en el mundo capitalista); la reducción de su trama estructural y de la intencionalidad de su elaboración a los grandes conflictos materiales (político-sociales) de la sociedad es una tarea crítica muy peligrosa: en realidad, sólo puede y debe intentarse como una relación sumamente mediatizada y a la luz de grandes periodos históricos, nunca en forma de microrreduccionismo. En cambio los medios, que todos los días llegan a millones de personas por las que son fácilmente comprendidos y descifrados, no pueden ser separados ni por un instante de la historia del país y del tipo de sociedad en que actúan”¹⁵.

¹⁵ Luis Gregorich, “La lectura no literaria” en Moisés Ladrón de Guevara, *La lectura*, Editorial SEP-El Caballito, Pág. 44

El libro, por su parte, también implica una relación dialéctica en su uso y destino. Afirma Ernesto de la Torre Villar: “El libro crea una situación ideal de diálogo. Escritor y lector comparten esa vital experiencia. El libro es conocimiento. Es reciprocidad, posibilidad de libre y fundamental intercambio. ...Así el libro implica esa doble dimensión, la del conocimiento y la de la reciprocidad, las cuestiones que conciernen a su diseño, producción, divulgación y adquisición imponen una urgente deliberación social para defenderlo y promoverlo como fundamento de convivencia y progreso social e intelectual”.¹⁶

Más adelante argumenta: “El libro, medio y forma más preciso y perfecta por los cuales el pensamiento humano a través de la escritura se conserva y transmite entre los hombres, es a la vez defensa y amenaza. Defensa de la inteligencia, del espíritu, de la capacidad de los seres racionales para expresar su pensamiento, sus ideas preñadas de emociones, de intelecciones explicativas del propio hombre y de su mundo circundante, de juicios en torno de la conducta propia y ajena, y del pensar particular y de los demás, todo lo cual contiene. Amenaza para quien trata de limitar el pensamiento y su expresión, para quien teme el enjuiciamiento de una conducta reprobable o la condenación de bastardos intereses. Defensa del hombre en su calidad esencial y amenaza contra quien o quienes por cualquier razón se oponen al desarrollo completo e integral de las cualidades humanas”.

¹⁶ Ernesto de la Torre Villar, *Elogio y defensa del libro*. UNAM, Cuarta edición 1999 Presentación

Más adelante, y para redimensionar la lectura, refiere un texto de Sarmiento: “Quien dice instrucción dice libros. Sólo los pueblos salvajes se transmiten su historia y sus conocimientos, costumbres y preocupaciones por la palabra de los ancianos. El Cristianismo tiene por base las escrituras. De la esencia de su doctrina dijo el Divino Maestro: Es la ley y los profetas; yo no vengo a derogar las escrituras. Nuestra civilización cristiana es, pues, esencialmente escrita; el libro es su base y mal cristiano será el que no sepa leer¹⁷”.

Algunas recomendaciones para una buena lectura¹⁸

De acuerdo a uno de los autores que se siguen en estas notas existen tres reglas básicas para una buena y eficiente lectura. Al principio ocupará tiempo y atención la dedicación al seguimiento de dichas reglas, pero con la práctica, su observación se volverá algo natural y podrán dedicarse todas las potencias mentales, sin distracción, al texto que se está leyendo.

En primer lugar, los lectores deberán ser capaces de captar lo que se ofrece como conocimiento. En segundo lugar, deben juzgar si lo que se les ofrece como conocimiento les resulta aceptable. O sea: la primera tarea es *comprender* el libro y la segunda *hacer su crítica*. La primera es entender el texto como un todo, que tiene una unidad y

¹⁷ Domingo Faustino Sarmiento, *Influencia de la instrucción primaria en las costumbres, en la moral pública, en la industria y en el desarrollo general de la prosperidad nacional*, citado por De la Torre Villar, *Op. Cit.* P. 35

¹⁸ Mortimer J. Adler, “Como leer un libro” en Moisés Ladrón de Guevara, *La lectura*, Editorial El Caballito-SEP Cultura, México

diversas partes que forman una estructura; la segunda, es una lectura en función de sus elementos, sus unidades de lenguaje de pensamiento. Deben realizarse tres lecturas distintas:

I. La primera lectura puede llamarse *estructural* o *analítica*; el lector procede del todo a las partes.

II. La segunda lectura puede llamarse *interpretativa* o *sintética*; se sigue el camino inverso: de las partes al todo.

III. La tercera lectura puede llamarse *crítica* o *evaluativa*. Aquí el lector juzga al autor y decide si está o no de acuerdo con él.

La primera lectura es de entendimiento de lo que dice el autor. Se trata de comprender sus puntos de vista, sus argumentos y la lógica de su discurso; el captar sus ideas. En esta fase, el lector debe saber qué clase de texto lee, esto es, cuál es el tema; e inmediatamente después, qué es lo que, visto de conjunto, trata el texto de expresar, en qué partes está dividido ese conjunto (capítulos, incisos, párrafos) y cuáles son los problemas principales que el autor está tratando de solucionar.

La segunda lectura comprende varios pasos:

1. Deben descubrirse e interpretarse las *palabras* más importantes del texto.

2. Debe hacerse lo mismo con las *oraciones* más importantes; y,
3. Igual con los *párrafos* que expresen argumentos.
Registrar qué términos utiliza, qué proposiciones hace, o sea: conocer las ideas, aseveraciones y argumentos del autor.
4. Puede existir un cuarto paso en esta segunda lectura, con lo que se inicia propiamente la III fase: saber cuáles problemas logró solucionar el autor y cuáles no logró resolver.

Con el tiempo estas dos lecturas se fundirán en una sola, realizándose simultáneamente todas las operaciones. Lo que si no es saludable, ni conveniente, es iniciar con la tercera lectura, o sea empezar a leer criticando al autor, sin haberse esforzado por comprenderlo. Es propio de personas llenas de opiniones que utilizan el texto como mero pretexto para expresar sus puntos de vista, casi no pueden ser llamadas lectores propiamente; se parecen a esa gente que uno conoce quienes creen que una conversación es una ocasión para hablar pero no para escuchar. Generalmente no solo no merecen nuestro esfuerzo para hablar, sino que tampoco son dignas de ser escuchadas.

A continuación se ofrece una síntesis de las reglas que recomienda este autor para realizar una lectura.

En cuanto al análisis de la estructura de un libro

1. Clasificar al libro conforme a la índole o materia.
2. Consignar de que trata todo el libro con la mayor brevedad.
3. Enumerar las partes principales en su orden y relación. Analizar esas partes como se examinó el todo.
4. Definir el problema o los problemas que el autor trata de resolver.

En cuanto a la interpretación del contenido del libro.

1. Ponerse de acuerdo con el autor mediante la interpretación de sus palabras básicas.
2. Captar las proposiciones dominantes del autor, tratando con sus frases más importantes.
3. Conocer los argumentos del autor, encontrando los encadenamientos de frases o construyéndolos a expensas de ellos.
4. Determinar cuál de sus problemas resolvió el autor y cuál no, De los últimos decidir cuál de ellos sabía el autor que no había logrado resolver.

Acerca de la crítica del libro

Máximas generales.

1. No comenzar las críticas hasta que no se haya terminado el análisis y la interpretación. No manifestarse hasta decir primero “entendí al autor”.
2. No discrepar disputativamente o contenciosamente.
3. Respetar la diferencia entre el conocimiento y la opinión, teniendo razones para cualquier juicio crítico que se haga.

Criterios específicos para los puntos de crítica.

1. Indicar dónde el autor carece de información.
2. Indicar dónde el autor está mal informado.
3. Indicar dónde el autor es ilógico.
4. Indicar dónde el análisis o relación del autor es incompleto

“El hábito de la lectura y el acercamiento a sus secretos nos llevarán, no sólo a mejorar nuestra capacidad de comprensión, sino también a convertirla en una actividad imprescindible que nos otorga un auténtico placer, que puede llegar a transformarse en una verdadera pasión”¹⁹ Este autor refiere lo siguiente como incursión poética de Jorge Luis Borges:

*Que otros se jacten de las páginas que han escrito,
A mi me enorgullecen las que he leído*

El mismo autor, Ladrón de Guevara, acota el prólogo a su antología con la siguiente cita de Italo Calvino:

“Pienso que la lectura no es comparable con ningún otro medio de aprendizaje y de comunicación, ya que la lectura tiene su ritmo propio, gobernado por la voluntad del lector; la lectura abre espacios de interrogación y de meditación y de examen crítico, en suma, de libertad; la lectura es una relación con nosotros mismos y no únicamente con el libro, con nuestro medio anterior a través del mundo que el libro nos abre”

Por su parte explica Mortimer J. Adler²⁰ “ Dudo de que cualquier persona que no sepa leer bien sea capaz de escribir bien” y bien vistas las cosas, con frecuencia, nos encontramos con personas que no saben escribir porque no saben leer, o con más propiedad: personas que no saben escribir porque nunca leen. Sostiene este autor que: “Una razón para justificar el descuido comparativo de la lectura, y el énfasis de la escritura y el hablar, es un punto que ya he mencionado. Escribir y hablar son, para la mayoría, “actividades” mucho más claramente definidas que la lectura. Puesto que asociamos la destreza con la actividad, es una consecuencia natural de este error el atribuir defectos en escribir y en hablar a falta de técnica, y suponer que el fracaso en la lectura tiene que deberse a un defecto moral, a la falta de laboriosidad más bien que de pericia. ...Por muy difícil que resulte leer, es más fácil que escribir y hablar bien”.

¹⁹ Moisés Ladrón de Guevara, *La lectura*, SEP- El Caballito, p. 10

²⁰ Mortimer J. Adler “Cómo leer un libro” en Moisés Ladrón de Guevara, *Op. Cit.* P.

Paulo Freyre, tal vez el pedagogo más destacado del siglo XX, cuenta su experiencia sobre la lectura del siguiente modo: “La comprensión del texto a ser alcanzada por su lectura crítica implica la percepción de relaciones entre el texto y el contexto. Al intentar escribir sobre la importancia del acto de leer, me sentí llevado – y hasta con gusto – a “releer” momentos de mi práctica, guardados en la memoria, desde las experiencias más remotas de mi infancia, de mi adolescencia, de mi juventud, en que la comprensión crítica de la importancia del acto de leer se vino constituyendo en mi. Al ir escribiendo este texto, iba yo “tomando distancia” de los diferentes momentos en que el acto de leer se fue dando en mi experiencia existencial. Primero, la “lectura” del mundo, del pequeño mundo en que me movía; después, la lectura de la palabra que no siempre, a lo largo de mi escolarización, fue la lectura de la palabra mundo. ...En el esfuerzo por retomar la infancia distante, a que ya he hecho referencia, buscando la comprensión de mi acto de leer el mundo particular en que me movía, permítanme repetirlo, re-creo, re-vivo, en el texto que escribo, la experiencia vivida en el momento en que todavía no leía la palabra. Y algo que me parece importante, en el contexto general de que vengo hablando, emerge ahora (p. 24-5)

Su método de alfabetización y de concientización política se deriva de su propia vida: “Fui alfabetizado en el suelo de la quinta de mi casa, a la sombra de los mangos, con palabras de mi mundo y no del mundo mayor de mis padres. El suelo mi pizarrón y las ramitas fueron mi gis” Por eso las palabras que utiliza en la alfabetización son derivadas del entorno del mundo real y familiar de las personas a alfabetizar y a

concientizar sobre su realidad. Dice “... me parece interesante reafirmar que siempre vi la alfabetización de adultos como un acto político y un acto de conocimiento, y por eso mismo como un acto creador. Para mi sería imposible comprometerme en un trabajo de memorización mecánica de ba-be-bi-bo-bu, de la-le-li-lo-lu. De ahí que tampoco pudiera reducir la alfabetización a la pura enseñanza de la palabra, de las sílabas o de las letras. Enseñanza en cuyo proceso el alfabetizador iría “llenando” con sus palabras las cabezas supuestamente “vacías” de los alfabetizados. Por el contrario, en cuanto acto de conocimiento y acto creador, ... La alfabetización es la creación o el montaje de la expresión escrita de la expresión oral” (p.28).

Fisiología de la lectura

Rigurosamente hablando no miramos con los ojos sino con el cerebro. Dice Frank Smith, en quien se fundamenta este apartado: “Los ojos *miran*, son mecanismos para la recopilación de información para el cerebro...Las decisiones preceptuales del cerebro se basan sólo parcialmente en la información que proviene de los ojos, se basan mucho más en la información que el cerebro ya posee”. Sobre la base de lo asentado el autor considera tres cuestiones centrales: 1. El cerebro no ve todo lo que está enfrente de los ojos; 2. El cerebro no ve de inmediato todo lo que está enfrente de los ojos. 3. El cerebro no recibe continuamente información de los ojos. Estas tres

consideraciones implican reflexiones y aplicaciones prácticas para la lectura y para su aprendizaje:

1. La lectura debe ser rápida;
2. La lectura debe ser selectiva;
3. La lectura depende de la información no visual.

El hecho de que los ojos estén abiertos no es una indicación de que la información visual proveniente del mundo circundante esté siendo recibida e interpretada por el cerebro. Lo que entra por los ojos abiertos es un bombardeo difuso y continuo de radiaciones electromagnéticas; los rayos de luz que inciden en el ojo no contienen en si mismos el color, la forma, la textura y el movimiento que vemos, todos estos aspectos son creados por el cerebro mismo.

Recomendaciones para una lectura eficiente

Dos profesoras de la Universidad Iberoamericana escribieron un saludable texto para los estudiantes de educación superior²¹. Sostienen estas autoras que: "...gran parte de los errores cometidos por los estudiantes universitarios al realizar un examen, se deben a que no comprenden bien lo que leen o porque no saben leer en forma crítica. Argumentan que el periódico, una carta, un libro de texto, una

²¹ Yolanda Argudín y María Luna, *Aprender a pensar leyendo bien, habilidades de lectura a nivel superior*. Coedición de Editorial Plaza y Valdés y Universidad Iberoamericana. Tercera edición, México 1995

novela, las instrucciones para realizar un examen, un contrato y hasta un testamento ¡todo viene por escrito! ¡Qué mejor si aprendes a leer bien! Afirman las autoras que "...la lectura no es simplemente una habilidad mecánica. Leer bien es razonar bien dentro de uno de los más elevados procesos mentales que incluye diferentes formas de pensamiento: la evaluación crítica, la formulación de juicios, la imaginación y la resolución de problemas"; pretenden con su texto estimular la afición a la lectura para desarrollar habilidades de intensa percepción, la memoria funcional, el cuestionamiento creativo, razonamiento lógico y la evaluación crítica.

Mencionan que para lograr una eficiente lectura, que es también una excelente técnica de estudio, es necesario un proceso de desarrollo de habilidades que comprende, primero, antes de empezar a leer hay que tener en mente un objetivo ¿por qué? y ¿para qué leer?, enseguida hojear para tener una idea general del texto, particularmente revisar el índice, seleccionar la parte que aparentemente se relaciona más con el objetivo, leer el título, luego, leer el primer y último párrafos completos, enseguida leer la primera oración de los párrafos restantes y decidir si es útil para leer el texto completo. Después de esas operaciones, pasar al *examen* que consiste en encontrar las ideas centrales (fijarse en las pistas visuales: *cursivas*, **negritas**, subrayados, cuadros y gráficas), precisar si lo que se busca es un nombre, una fecha o una cifra y revisar las ideas centrales para verificar si se corresponden al objetivo previamente definido y, finalmente, formular preguntas que se requiere que responda el texto de acuerdo al objetivo definido.

Después de lo anterior pasar a la fase crítica y evaluar lo siguiente: el autor, la editorial (es seria y de prestigio, o de un grupo específico interesado en difundir ciertos planteamientos), fecha (si no hay un interés histórico, está actualizada), lugar de publicación, bibliografía en que se apoya el autor). En esta fase, percibir si el motivo del autor es informar, persuadir, instruir o simplemente promocionar; en qué se basa su argumentación: en hechos, inferencias de otras opiniones; si el lenguaje es subjetivo, objetivo, y en qué tono; conocer el núcleo del texto, esto es, cuál es la tesis del autor, la hipótesis central y si en el desarrollo de la argumentación no existen contradicciones.

Una palabra sobre el lenguaje al encontrar palabras desconocidas. Tratar de inferir el significado por el contexto, dividir la palabra en su lexema y morfema, dividir la palabra en su prefijo latino o raíz griega y, por supuesto, lo más práctico y preferible, consultar el diccionario. Después de ello, preguntarse si se ha comprendido el texto.

Existen varios libros accesibles en el mercado y en la biblioteca sobre la lectura, como lograrla eficientemente y mejorar las habilidades para obtener logros más provechosos. Para quienes leen en inglés resulta altamente recomendable el texto *How to Read a Book*²² de Moritmer J. Adler, quien escribió ese texto ya clásico sobre cómo y por qué leer. Entre las recomendaciones encuentra varias dimensiones de la lectura, como pasos a seguir: un primer nivel que

²² Moritmer J. Adler & Charles Van Doren, *How to Read a Book, The Classic Guide to Intelligent Reading*. A Touchstone Book. Published by Simon & Schuster, Inc. USA, 1972

es el de la lectura elemental; segundo, el nivel de inspección; tercero, el de la lectura analítica y finalmente el de la lectura *Syntotipical*. Una síntesis comprensiva de todo el texto. Cada uno de esos niveles los subdivide en fases y ejercicios recomendables.

Razones finales para estimular la lectura

Una caracterización justa y bella de la condición humana de la lectura nos la ofrece Mario Vargas Llosa cuando afirma: “ La literatura, en cambio, a diferencia de la ciencia y la técnica , es, ha sido y seguirá siendo, mientras exista, uno de esos denominadores comunes de la experiencia humana, gracias al cual los seres vivientes se reconocen y dialogan, no importa cuán distintas sean sus ocupaciones y designios vitales, las geografías y las circunstancias en que se hallen, e, incluso, los tiempos históricos que determinan su horizonte” Más adelante anota: “Leer buena literatura es divertirse, si; pero también aprender, de esa manera directa e intensa que es la de la experiencia vivida a través de las ficciones, qué y cómo somos, en nuestra integridad humana, con nuestros actos y sueños y fantasmas, a solas y en el entramado de relaciones que nos vinculan a los otros, en nuestra presencia pública y en el secreto de nuestra conciencia, esa complejísima suma de verdades contradictorias – como las llamaba Isaiah Berlin- de que está hecha la condición humana. Ese conocimiento totalizador y en vivo del ser humano, hoy, sólo se encuentra en la novela. Ni siquiera las otras ramas de las humanidades –como la filosofía, la psicología, la sociología, la historia o las artes- han podido preservar esa visión integradora y un discurso

asequible al profano, pues, bajo la irresistible presión de la cancerosa división y subdivisión del conocimiento, han sucumbido también al mandato de la especialización, a aislarse en parcelas cada vez más segmentadas y técnicas, cuyas ideas y lenguajes están fuera del alcance de la mujer y el hombre del común. No es ni puede ser el caso de la literatura, aunque algunos críticos y teorizadores se empeñen en convertirla en una ciencia, porque la ficción no existe para investigar en un área determinada de la experiencia, sino para enriquecer imaginariamente la vida, la de todos, aquella vida que no puede ser desmembrada, desarticulada, reducida a esquemas o fórmulas, sin desaparecer. Por eso Marcel Proust afirmó: la verdadera vida, la vida por fin esclarecida y descubierta, la única vida por lo tanto plenamente vivida es la literatura...la literatura nos retrotrae al pasado y nos hermana con quienes, en épocas idas, fraguaron, gozaron y soñaron con esos textos que nos legaron y que, ahora, nos hacen gozar y soñar también a nosotros. Ese sentimiento de pertenencia a la colectividad humana a través del tiempo y el espacio es el más alto logro de la cultura y nada contribuye tanto a renovarlo en cada generación como la literatura”.²³

En un encendido elogio a la lectura y la literatura comenta: “Uno de los primeros efectos benéficos ocurre en el plano del lenguaje. Una comunidad sin literatura escrita se expresa con menos precisión, riqueza de matices y claridad que otra cuyo principal instrumento de comunicación, la palabra, ha sido cultivado y perfeccionado gracias a los textos literarios...una persona que no lee, o lee poco, o lee sólo

²³ Mario Vargas Llosa, *Op. Cit.*

basura, puede hablar mucho pero dirá siempre pocas cosas, porque dispone de un repertorio mínimo y deficiente de vocablos para expresarse. No es una limitación sólo verbal; es, al mismo tiempo, una limitación intelectual y de horizonte imaginario, una indigencia de pensamientos y de conocimientos, porque las ideas, los conceptos, mediante los cuales nos apropiamos de la realidad existente y de los secretos de nuestra condición, no existen disociados de las palabras a través de las cuales los reconoce y define la conciencia. Se aprende a hablar con corrección, profundidad y sutileza gracias a la buena literatura, y *sólo gracias a ella*. Ninguna otra disciplina, ni tampoco rama alguna de las artes, puede sustituir a la literatura en la formación del lenguaje con que se comunican las personas. Los conocimientos que nos transmiten los manuales científicos y los tratados técnicos son fundamentales; pero ellos no nos enseñan a dominar las palabras y expresarnos con propiedad: al contrario, a menudo están muy mal escritos y delatan confusión lingüística, porque sus autores, a veces indiscutibles eminencias en su profesión, son literariamente incultos y no saben servirse del lenguaje para comunicar los tesoros conceptuales de que son poseedores. Hablar bien, disponer de un habla rica y diversa, encontrar la expresión adecuada para cada idea o emoción que se quiere comunicar, significa estar mejor preparado para pensar, enseñar, aprender, dialogar y, también para fantasear, soñar, sentir y emocionarse”²⁴.

²⁴ Mario Vargas Llosa, *Op. Cit.*

Apéndice

A finales del 2006 el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA) coeditaron una rica variedad de textos, trece en total, sobre la *Encuesta nacional de lectura*, la cual realizaron durante noviembre del mismo año.

La importancia de contar en nuestro país con una muestra representativa de los hábitos de lectura, de las características personales de los lectores, de su edad, ingresos, escolaridad y ubicación geográfica, entre otra valiosa información, acerca de un tema sobre el que suelen mencionarse meras impresiones, usualmente recogidas en la prensa diaria, proporciona elementos fundados para un examen detallado de acerca de un tema educativo trascendente, para su comprensión y da elementos de juicio para que en distintos niveles escolares, y aun más allá, se puedan formular políticas educativas que estimulen y fomenten el hábito de la lectura. Por la importancia de tal documento, a continuación se refieren y glosan algunos de sus hallazgos más relevantes.

A propósito de la encuesta, los ensayistas aquí compilados reflexionan sobre lo acontecido en los tiempos modernos en el terreno de la lectura. En ellos ocurrió una triple revolución: en la manera de

producir los textos, en la forma de hacerlos circular y en el modo de leerlos.

En las diferentes prácticas sociales de las distintas culturas, como constante de todas ellas se aumentó el nivel de educación obligatorio, lo cual potenció amplificando los saberes asociados a esos nuevos niveles, conduciendo a nuevos cuestionamientos y paradigmas sobre el libro y la lectura a él asociada. El valor del libro se refuerza y singulariza en esas prácticas sociales. En el caso de nuestro país, "...los cambios que sucedieron –nos recuerda Gabriel Zaid- son intensos: el número de profesores se duplicó en las dos últimas décadas del siglo que acaba de concluir, la población escolar del sistema educativo rebasa los treinta millones de estudiantes, la escolaridad promedio de la población económicamente activa ascendió a los nueve años, el gasto educativo se acerca al 7 por ciento del PIB y las familias durante 2005 gastaron el once por ciento de sus presupuestos en educación, cinco veces más que en 1977”.

En la encuesta dos de cada tres entrevistados declararon leer lo mismo o menos que un año antes, el 13% manifestó que nunca había leído un libro y los que no estaban en ese caso no recordaban el título del último libro leído. El 40% de los entrevistados mencionó que nunca habían estado en una librería, dos años antes esa proporción era del 37 %.

El 83 por ciento de los que si leían refirieron que lo hacían a la edad de entre 6 y 22 años, o sea a la edad escolar. En otras palabras,

leían por obligación libros de texto, pero nunca desarrollaron el gusto por la lectura.

La mayoría de los que no leen (69%) manifiestan que no lo hacen por falta de tiempo, aunque consideran que la mayoría de los que no leen no lo hacen por flojera o falta de interés.

En la cúspide de los de más alta escolaridad las respuestas son impresionantes. “De los 8.8 millones de mexicanos privilegiados que han hecho estudios universitarios o de posgrado (incluyendo a 2.8 millones que no terminaron sus estudios) 18%, (1.6 millones) reconocieron nunca haber ido a una librería; 35% (3 millones) que no lee literatura en general; 23% (2 millones), que no lee libros de ningún tipo; 40% (3.5 millones), que no lee periódicos; 48% (4.2 millones), que no lee revistas y 7% (más de medio millón) que no lee nada: ni libros, ni periódicos, ni revistas. El 30% (2.6 Millones) dice que no gasta en libros, 16% (1.4 Millones) que gasta menos de \$300 al año. O sea que la mitad de los universitarios (cuatro millones) prácticamente no compra libros”²⁵.

Agrega el mismo Zaid los resultados de una encuesta semejante que realizó la Universidad de Colima a fines de 1993: “22.1% de los entrevistados con licenciatura o más no había comprado libros en los últimos 12 meses. Sin embargo, 66% dice que compra la mayor parte de los libros que lee. Y como dice leer en promedio cinco libros al año,

²⁵ Gabriel Zaid, “El desastre educativo” en Daniel Goldin (Editor), *Encuesta Nacional de Lectura, Informe y evaluaciones*. UNAM-CONACULTA, México 2006

esto implica que compra tres. El 77% dice que tiene su propia biblioteca, pero en 68% de las bibliotecas personales hay menos de 50 libros. Y ésta es la crema y nata del país”. Afirma más adelante: “ La mayoría de los mexicanos (55%) dice que no gasta ni un centavo en libros ...según la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) 2004, el gasto corriente monetario en libros, revistas y periódicos fue de 0.4% del gasto familiar”²⁶

En su aportación Néstor García Canclini subraya los siguientes resultados que obtuvo la encuesta de lectura: “En promedio, los mexicanos leemos 2.9 libros al año. Un tercio de la población (33.5%) dice no leer libros. Apenas 4.2% lee más de 10 anualmente, en especial los jóvenes, y la cantidad decrece a partir de los 23 años. Vivir en el Distrito Federal también favorece, ya que se tiene el mejor porcentaje (5.5 libros al año), en tanto el centro y el sur registran la mitad de volúmenes”²⁷ Refiere también la contradicción que muestra la *Encuesta Nacional de lectura* que se reseña: De los que no leen el 69 % declara que no tiene tiempo y un tercio que simplemente no le gusta, pero “en la pregunta ¿Cuál considera que es el principal problema que enfrentan hoy las personas para leer?, encabezan la lista de explicaciones la “falta de interés”, de cultura o educación, de hábito, de dinero, y en quinto sitio la escasez de tiempo” (se pregunta) ¿ Por qué leen, entonces? Para informarse, en primer lugar (24.6%), luego para estudiar (20.5%), porque les gusta (9.2%), para “crecimiento personal” (8%), actualización o mejora profesional (7.3%)

²⁶ *Ibíd.*, página 25

²⁷ Néstor García Canclini, “Leer ya no es lo que era” en Daniel Goldin (Editor), *Op. Cit.*

o divertirse (6.8%). En último lugar, aparece “el deseo de tener qué platicar”, con un modestísimo 1.8%, lo cual permite inferir que las novelas, los periódicos y las revistas no le sirven a la mayoría para cultivar la sociabilidad ni para compartir información”²⁸

Este autor se pregunta más adelante ¿Cómo consiguen los libros? Sólo 10.2% se refieren a las bibliotecas o salas de lectura, 45.7% dice comprarlos, 20.1% recibirlos en préstamos de amigos o familiares, y 17.9% por regalo, también invita a repensar en el papel de los lugares públicos de préstamo y consulta en una nación en que predominan los ingresos bajos y donde la falta de dinero el costo de libros o revistas son señalados como impedimentos significativos. Es en el modo de acceso a los libros, donde el nivel socioeconómico marca más los comportamientos. Pero aun desde esta perspectiva llama la atención que en el estrato de ingresos más bajos apenas 15.5% asista a bibliotecas o salas de lectura. ...Hay que reconsiderar con urgencia qué está sucediendo con las 7210 bibliotecas (públicas del país)...o con otras posibles vías de expansión de la lectura”.

Una cuestión central de nuestros tiempos es traída a colación por García Canclini al plantear cómo conviven ahora la cultura letrada, la cultura oral y la audiovisual. Ahora la convergencia digital –anota– está instaurando una integración multimedia que permite ver y escuchar en el celular o la Palm audio, imágenes, textos escritos y transmisión de datos. “Ni los hábitos actuales de los lectores-espectadores–internautas, ni la fusión de empresas que antes

²⁸ *Ibíd.* Página 29

producían por separado cada tipo de mensajes, permite ya concebir como islas separadas los textos, las imágenes y su digitalización”. México está inmerso en esa situación “...como lo muestra la Segunda Encuesta Nacional de Juventud. Encontramos allí que la computadora, Internet, el celular, la agenda electrónica, el Mp3 y los videojuegos están incorporados a los hábitos de 50 a 80% de los jóvenes.

“...Quienes dicen que saben usar los recursos tecnológicos son más del doble de los que los tienen: 32.2% de los hombres tienen computadora y dicen manejarla 74%; la relación en las mujeres es de 34.7 a 65.1%; poseen internet 23.6 de los varones, en tanto 65.6% lo utiliza, y en las mujeres la distancia es mayor: de 16.8 a 55.9%... ¿Para qué usar la computadora? Hacer tareas, estudiar, informarse y enviar o recibir mensajes están entre las actividades principales. Todas son formas de lectura y escritura”.

El uso creciente de lugares no tradicionales para la lectura y las formas novedosas de ocupar el tiempo libre, de acuerdo con este autor, “obligan a no ver la secuencia lectura-libros-escuela-aprender-ser culto de forma cerrada...importaría saber qué escriben y qué leen en los correos electrónicos y en las visitas a páginas de información y entretenimiento. ...Mucho de lo que está sucediendo y transformándose en los modos de leer ocurre fuera del hogar, la escuela y las bibliotecas. El autor concluye después de tan originales cuestionamientos; “Quizá descubriríamos que no se lee tan poco, ni menos que en el pasado. Se venden menos periódicos, pero centenares de miles los consultan diariamente en internet. Disminuyen

las librerías – hay que preocuparse y elaborar políticas más eficaces para darles sustentabilidad, sobre todo a las especializadas-, pero aumentaron los cibercafés y los medio portátiles de mensajes escritos y audiovisuales²⁹”.

Importa finalmente anotar los últimos cuestionamientos del autor: ¿No ofrecen los libros una experiencia más densa de la historia, de la complejidad del mundo o de los relatos ficcionales que la espectacularidad audiovisual o la abundancia fugaz de la informática? ¿Qué queda en las interconexiones digitales, en la escritura atropellada de los “chateos”, de lo que la lengua sólo puede expresar en la lenta elaboración de los libros y la apropiación paciente de sus lectores?

A propósito del tema, en seguida se anota un cuadro comparativo del uso del tiempo libre en Alemania y en nuestro país. A continuación se anota otro cuadro comparativo con países de similar grado de desarrollo a México y el tipo de materiales de lectura usuales.

²⁹ *Ibíd.*, pp. 33-35

Uso del tiempo libre
(Porcentaje)

Actividad	México (2005)	Alemania (2006)
Ver televisión	41.1	37.4
Escuchar música	20.6	42.3
Practicar algún deporte	15.7	12.4
Ir al cine	13.1	8.4
Leer libros	12.5	24.4
Fiestas o salir con amigos	21.9	25.2
Ir de paseo/ caminatas	8.6	9.2
Leer revistas	4.7	18.0
Leer periódicos	4.6	32.4
Navegar en internet	1.6	11.2
Ir a comer bien	N.p.	25.9

Nota: En México se pregunta por las tres actividades que se realizan con una mayor frecuencia. En Alemania se pregunta por todas las actividades. En el caso se presentan, las cinco actividades preferidas en los dos países. N.p. no pregunta.

Lectura de libros, revistas, diarios y periódicos

(%)

	México	Colombia	Perú	Portugal	España
	2005	2005	2004	2004	2005
Libros	56.4	37.0	55.2	44.0	27.1
Revistas	39.9	21.0	35.5	72.0	50.8
Periódicos	42.0	23.0	71.1	72.0	69.8

En un examen al interior del país, por entidades federativas, se encuentra que el Distrito Federal de México, 81.6% lee libros mientras que en el sur (Campeche, Chiapas, Quintana Roo, Tabasco, Veracruz, Yucatán, Guerrero, Oaxaca) sólo 47% lo hace.

En México, el leer por gusto, se da principalmente en la población que está entre los 18 y 22 años (13%), que está mayoritariamente en secundaria y universidad (10.8% y 11% respectivamente).

Razones de lectura de la población lectora

(Porcentaje)

País	Año	Por placer, diversión, Gusto o entretenimiento	Por deber profesional o escolar
Colombia	2005	43.1	37.3
Portugal	2004	91.0	34.0
Argentina	2000	69.0	48.0
México	2005	16.0	29.7

Nota: En México se suma el leer por gusto y por diversión y el estudiar y mejora personal, siendo las preguntas excluyentes.

El promedio de libros leídos en un año de los países europeos reseñados dobla al promedio de los países latinoamericanos. De entre los países latinoamericanos, Argentina tiene la media de libros leídos al año más alta (3.2).

Número de libros leídos en el último año
(porcentaje)

Cantidad	México 2004	México 2005	España 2005	Portugal al 2004	Argentina 2001	Colombia 2005
	¿Cuántos libros ha leído este año	Número de libros leídos al año	Número de libros enteros leídos en un año	Número de libros leídos por año	Cantidad de libros leídos en el último año	¿Cuántos libros leyó en los últimos 12 meses
Ninguno	39.9	33.5	38.1	56.0	45.0	63.4
De uno a 10	53.5	56.7	43.0	30.2	47.0	34.0
Más de 10	6.6	4.2	16.0	8.0	8.0	2.5
Promedio de libros leídos	2.5	2.9	7.7	8.5	3.2	1.6

Nota: En los países que no suma 100%, se debe a que existe la opción de no sabe/no responde. En España los rangos corresponden de uno a 8 libros y más de 8. Los valores del promedio de libros leídos para México son cálculos del Cerlalc. Se realizó un promedio ponderado, calculando la sumatoria del promedio de libros leídos por rango y multiplicándolo por la población que dijo leer el número de libros de dicho rango.

Ahora sabemos más de los lectores en nuestro país que antes de la encuesta. Conocemos, por ejemplo, el perfil del lector y del comprador de libros, lo cual permite una definición más precisa de los

nichos de mercado hacia donde canalizar el fomento a la lectura. La encuesta revela que “El comprador de libros se caracteriza por tener un nivel de educación alta, un nivel de ingresos alto y vivir en una población urbana.

La diferencia entre comprador y lector radica principalmente en el rango de edad. El lector de libros es más frecuente en el rango de los 15 a los 25, *joven*, mientras que el comprador es mayor de 25 y menor de 60, *adulto*. Esto está directamente correlacionado con el nivel de ingresos que percibe el comprador por su ocupación.

De acuerdo a Richard Uribe en México, el comprador de más de 6 libros se caracteriza principalmente por estar entre los 18 22 años de edad, y entre los 31 y 45 años, con escolaridad universitaria o más y por pertenecer al nivel socioeconómico medio alto y alto.

El 54% de las familias no gasta nada en libros, 13.3% destina menos de 10% del ingreso en libros, 7.8% entre 10 y 25%”³⁰.

Otra característica importante del lector, en este caso de quienes acuden a las bibliotecas, sobre todo públicas, resulta interesante. Nos dice Richard Uribe: “Sería de esperar que las personas que asistieran a las bibliotecas públicas fueran aquellas que no tienen disponible otra fuente de acceso al libro, como la compra. Sin embargo, los asistentes a bibliotecas no son principalmente personas de nivel socioeconómico bajo. En la mayoría de los países la asistencia además de estar determinada por la edad, también lo está por el nivel de estudios y un nivel socioeconómico alto, en especial en las bibliotecas privadas o universitarias. En México, en el año anterior a la encuesta, el 27.5% de los entrevistados señalaron haber asistido a alguna biblioteca, de ellos el 75.3% lo hizo a las públicas, 3.2% a universitarias y 19.6% a escolares.

Entre los datos reveladores de la encuesta está “el que cuatro de cada diez compatriotas (42.7%) no ha ido jamás a una librería y de los que sí han puesto el pie en esos lugares un raquítico 9.9% apenas 5.7% de toda la población) las visita en más de una ocasión por mes;

³⁰ Richard Uribe Schroeder, “El comportamiento lector en México en el contexto internacional” en Daniel Goldin, *Op. Cit.* Pp. 56-57

algo semejante puede decirse de la frecuentación de bibliotecas , nunca visitadas por un escalofriante 31.1% de los mexicanos mayores de 12 años –intranquiliza aún más el hecho de que, entre los que sí han asistido a una biblioteca, la tercera parte no ha regresado en al menos los últimos tres años”³¹ .

Un dato interesante para nuestra región derivada de la encuesta es el que refiere Tomás Granados: en la región del noroeste del país, “donde los lectores compran menos libros (sólo 34.7% de los libros conseguidos por los habitantes de Baja California, Baja California Sur, Sinaloa, sonora y Chihuahua fueron comprados, en contraste con 64.7% de los que obtienen los pobladores de la zona metropolitana de la ciudad de México”³²

“Se hace evidente de nuevo que no hemos logrado establecer un vínculo entre el gozo, la diversión y el acto de leer. Sólo 9.2% de los encuestados afirma leer por gusto y un 6.8% por diversión. La lectura es para los mexicanos un acto de trabajo, 24% de ellos lee para informarse y otro 20% lee para la escuela, 7% para actualización profesional...”³³

Ambiente social y lectura

En nuestro país existe una gran movilidad social, horizontal y vertical. No son inusuales los cambios de sectores sociales de convivencia entre las personas de los centros urbanos, el ascenso social derivado de la educación o de la “buena fortuna”, así como los cambios producto de las migraciones, del sur al norte o al centro del país, de las zonas rurales a las urbanas, etc. Por lo que el significado de esos movimientos implica, como lo sostiene Julia Isabel Flores: “Al ampliarse los circuitos sociales en los cuales se ubican los individuos, crece entonces el número de aquellos que pertenecen contemporáneamente a más mundos diferentes, que deambulan entre asociaciones diversas, o se adaptan entre las diversas formaciones histórico-sociales. Al multiplicar al mismo tiempo las oportunidades de

³¹ Tomás Granados Salinas, “Esculpir con estadística: sobre los posibles usos de la Encuesta nacional de lectura” en Daniel Goldin, *Op. Cit.* P. 70

³² *Ibid*, pág. 71

³³ Federico Reyes Heróles, “Cambiar los parámetros de la discusión” en Daniel Goldin, *Op. Cit.* Pág. 89

encuentro y posibilidades de vida y acción, se generan combinaciones de lenguajes que producen a su vez, nuevas formas de sentir y de pensar las cosas y formas inéditas para nombrarlas.

Todos estos cambios se manifiestan en una diversificación de las lecturas, de los tipos de textos que se leen y por ende, de la capacidad para relacionar y crear nuevos sentidos a partir de múltiples lecturas de textos y/o múltiples interpretaciones de un solo texto”³⁴.

“El estímulo en la niñez a la lectura de libros que no fueran de la escuela crece a medida que disminuye la edad de la población. Los porcentajes alcanzan a cuatro de cada 10 entrevistados entre los 12 y 29 años de edad, destacando en este grupo los jóvenes entre los 18 y los 25 años. En contraste, entre las personas de 55 años y más el porcentaje que recibió este estímulo alcanza solamente a dos de cada 10 entrevistados.

El estímulo temprano a la lectura se incrementa también a medida que crece la escolaridad: pasa de 6.1% entre las personas sin escolaridad a 55.4% entre los universitarios. Igualmente, crece con el aumento del nivel adquisitivo. Así, mientras que en el nivel más bajo obtiene 20.4%, en el nivel más alto llega a 75.5%”³⁵.

“Entre los entrevistados con un nivel socioeconómico alto, la lectura de padres o familiares está asociada principalmente a las tareas escolares (24.5%), para dormir, o durante el tiempo libre, entre otras situaciones. Sólo una de cada tres personas entrevistadas mencionó que sus profesores (37.9%), su madre (36.9%) o su padre (36.3%), leían para ellos en la infancia.

En el nivel socioeconómico muy bajo aumentan las ocasiones referidas a las tareas escolares (41.4%) y disminuyen en los niveles medio alto y alto (12.4%). En estos niveles socioeconómicos aumentan las opciones menos instrumentales, como el caso de la lectura a la hora de dormir (36.5%), así como la lectura “para comprender mejor las cosas” (18.6%)”

³⁴ Julia Isabel Flores, “Cómo y cuándo alguien se convierte en lector”, en Daniel Goldin, *Op. Cit.* Pág. 104

³⁵ *Ibid*, p. 107

Una cuestión importante más allá de lo relacionado estrictamente con la lectura tiene que ver con la educación formal de los padres. Recuerda Julia Isabel Flores que “La escolaridad de los padres determina en buena medida la escolaridad de los hijos. Entre mayor es la escolaridad de los padres, mayor es la escolaridad de los hijos, pero hay que destacar que en esta relación el peso de la variable sexo es aún mayor. A medida que crece la escolaridad de las madres, crece la escolaridad de los hijos, particularmente, de las hijas.

La influencia de la madre en la socialización para la lectura es fundamental. El hecho de que la madre sepa leer garantiza en buena medida que el hijo también aprenda, lo que no siempre sucede en el caso de que el padre sepa leer. Asimismo, cuando la madre tiene alguna educación, es más probable que el hijo tenga alguna educación.

La escolaridad de la madre es un factor que influye sobre la escolaridad de los hijos, en mayor medida que la escolaridad del padre. Esta relación aparece muy marcada para la terminación de los ciclos escolares básicos desde la primaria hasta la preparatoria”.

Esta misma autora señala con énfasis que “De los resultados de la encuesta se desprende que los promotores de la lectura tienden a cambiar para cada grupo de edad. Cuando se es niño, la promoción de lectura recae principalmente en los padres. Durante la adolescencia aumenta la presencia de los maestros, y en la edad adulta crece la importancia de la iniciativa propia y de los pares, así como de otros allegados...De acuerdo con las respuestas de los entrevistados, los padres son el principal estímulo para la lectura cuando se es niño (43.8%), los maestros cuando se es adolescente (30.3%) y la propia iniciativa cuando se es adulto”³⁶.

Nos refiere otro hallazgo que se encuentra en la encuesta: “Al preguntar por las tres actividades que se prefiere realizar en el tiempo libre. El primer lugar entre las respuestas lo ocupó *ver televisión*, con una proporción de cuatro de cada 10 entrevistados (41.1%), seguido de *descansar* (29.2%), *reunirse con amigos y familiares* (21.7%) e *ir al cine* (13.1%). La *lectura de libros* alcanza 12.5%, *leer revistas* 4.7%, la

³⁶ *Ibid*, páginas 118-119.

lectura de periódicos representa 4.6% y *leer en Internet* 1.2%. Las diferencias más significativas se establecen al cruzar los resultados por la variable ingreso, que determina la realización de actividades que implican erogaciones monetarias como ir al cine, ir de compras o ir a la ciudad”.³⁷

“En forma similar, la valoración positiva de los efectos de la televisión sobre la creación de hábitos de lectura aumenta conforme disminuyen la escolaridad y el ingreso. Así el porcentaje de quienes valoran positivamente la televisión pasa de 30.5% entre quienes no tienen escolaridad a 14.8% entre los que cuentan con universidad completa y más. De acuerdo con el ingreso, el porcentaje de valoración positiva disminuye de 29.0% entre los sectores de ingresos más bajos a 14.8% entre quienes obtienen 10 salarios mínimos y más. Es en las localidades de 50 000 habitantes y menos en donde el impacto de la televisión es valorado también en forma menos negativa”.

Esta última influencia es importante aunque con un comportamiento no armónico. Nos aclara la misma autora más adelante: “Otra variable que muestra claramente la desigual distribución de la lectura en México es el ingreso: los niveles de consumo cultural aumentan proporcionalmente al ingreso. Así, los entrevistados que tienen niveles de lectura más bajos, son quienes obtienen entre cero y tres salarios mínimos. Mientras que los que obtienen de tres a cinco salarios mínimos tienen niveles de lectura más altos, incluso que aquellos que se ubican en los niveles de ingreso más elevados”.

Elsa Margarita Ramírez Lyva, a partir de la información resultante de la encuesta de 2006, formula una propuesta de tipología de los lectores en México que se muestra en el siguiente cuadro:

³⁷ *Ibid*, página 123

Tipología e lectores en México

Tipo de lector	%	Lecturas principales	Lectura de libros al año
Extensivo	9.0	Libros	6.44
Literario	10.4	Libros	3.9 a 6.52
Intensivo	30.6	Diarios y revistas mensuales	1.15 a 2.8 (Sólo 46.8%)
Escolar	19.5	Libros de texto	4.32 a 5.77
Esporádico	19.2	Algo de literatura y textos escolares	1.2 (Sólo 24.2%)
No lector	11.4	No lee, o lee sólo forzado por la escuela	0.08

Fuente: Elsa Margarita Ramírez Lyva, “¿Qué sociedad lectora hemos formado?” en Daniel Goldin, *Encuesta nacional de lectura. Informes y evaluaciones*, UNAM-CONACULTA, México, 2006, página 141

Largo sería referir las diversas definiciones de la autora, por lo que solamente se anotaron la del que puede considerarse el lector ideal y la del *lector escolar* que es el más cercano a nuestro quehacer.

El *lector extensivo* en palabras de Elsa Margarita Ramírez Lyva “Se trata de alguien que practica la lectura de un modo voluntario y libre de una variedad de textos, entre los que selecciona y explora los que le interesan no únicamente por razones utilitarias, de estudio o de trabajo, sino también con fines de entretenimiento y gratificación estética. En particular, los intereses y motivaciones lo impulsan a la búsqueda de lecturas por diferentes medios: compra, préstamos de bibliotecas, amistades y familiares, y también navegando en internet. Por lo general su interés y gusto por la lectura acrecienta su curiosidad y necesidad de saber, por lo que afina su capacidad selectiva, eleva sus exigencias de calidad y se procura textos cada vez más complejos. Además de placer su búsqueda de conocimientos de forma insaciable y dedica varias horas de cada semana a la lectura. Por lo regular, lee libros de diversos temas y distintos géneros literarios, revistas y textos digitales. También suele cultivar una biblioteca

personal³⁸” A su vez entiende como *lector escolar* de la siguiente manera “A él corresponden dos subtipos: el *lector preferencial de libros para la escuela* y el *lector escolar diversificado*. En uno y otro, las prácticas lectoras están referidas mayoritariamente a la actividad escolar y entre ambos se observan coincidencias en gustos y habilidades, así como en la transmisión, disponibilidad y modo de acceso a los libros. En este tipo se concentran, principalmente grupos en proceso educativo hasta el universitario”.

Anota esta autora específicamente en el apartado que da título a su ensayo lo siguiente: “...hoy la población mexicana sabe leer y escribir. Además 91.5% de la población de 15 años o más (71 613 284 personas) ha pasado por la institución escolar, aunque 14.6% de ella no ha concluido la primaria... En cuanto a la disponibilidad de libros, pasamos de 351 bibliotecas públicas en 1983 a 3 287 en 1990, y a 7 210 en 2006. Por otro lado, conforme a los datos de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana (Caniem), hoy funcionan en toda la República 1 452 librerías y puntos de venta, aunque 439 de las primeras y 106 puntos de comercialización se concentran en la ciudad de México, mientras que ocho estados del país sólo disponen de dos a nueve librerías. Con respecto al equipamiento tecnológico y comunicación digital, únicamente 2.5% de los mexicanos tienen posibilidad de pagar el acceso a la banda ancha, y de acuerdo con los datos del INEGI, 18.4% de la población mexicana cuenta en su hogar con computadora y 9% tiene conexión a internet. También se identifica el tipo de uso que se le destinan cuando los usuarios se encuentran conectados a internet, en donde 61.3% es para obtener información general, 41.4% para el correo electrónico, 30.5% para educación, 15.5% para *chat* y el resto es para otros usos”.

Otro dato interesante que revela la encuesta, en términos de la autora mencionada anuncia que “Conforme a estos datos, se aprecia que hemos formado una sociedad cuantitativa y cualitativamente mayor de lectores intensivos, cuyas prácticas lectoras están fundamentalmente orientadas al contenido de entretenimiento que no requiere un esfuerzo intelectual, por tanto su preferencia por el consumo de revistas de espectáculos y de asuntos femeninos (moda, decoración, cocina), música, deportes, pasatiempos y crucigramas;

³⁸ Elsa Margarita Ramírez Lyva, ¿Qué sociedad lectora hemos formado? en Daniel Goldin, *Op. Cit. Página 139*

asimismo, de periódicos. Es decir, que su capacidad lectora es percibida en función de los contenidos que lee, este grupo podría tener problemas para acceder a texto de mayor complejidad. Por lo general se observa una disposición a comprar esos materiales pero en menor medida en libros”.

Una síntesis interesante de los resultados de la encuesta mencionada que ofrece esta autora es la siguiente: “Sin duda, la información de la encuesta nos ofrece un panorama del estado que guarda la lectura en México, de los públicos y prácticas de lectura que hemos formado hasta el momento. Hoy en día el promedio de libros leídos por habitante anualmente es de 2.9, con cifras superiores para los jóvenes de 18 a 22 años (4.2), los mexicanos con educación universitaria (5.1) y los de niveles socioeconómicos medio alto y alto (7.2), estas cifras revierten otras que nos colocaban debajo de ese rango, y de las cuales desconocíamos los procedimientos pues eran generalmente datos publicados en los diarios”.³⁹

Una cuestión trascendente en nuestro medio es la ubicación social de las prácticas de la lectura. Judith Kalman la plantea muy correctamente y da un giro fundamental a las diversas aportaciones que han hecho los estudiosos de estas cuestiones. Sostiene que la discusión sobre el tema “...tendría que preguntarse de dónde y cómo surge el conocimiento de las personas sobre la lectura. Las teorías clásicas del aprendizaje –sostiene- plantean que el individuo es el centro de la actividad lectora, mientras que las teorías socioculturales ubican a las lecturas dentro del contexto de la participación en actividades sociales en relación con otros; la apropiación y diseminación de la cultura escrita se realiza mediante el uso de herramientas mentales simbólicas que no son invento de cada individuo sino productos del desarrollo sociocultural; los individuos tienen acceso al acervo cultural de su entorno a través de la participación social...Esta línea argumentativa nos lleva a una conclusión ineludible: aprendemos a leer de los lectores y de los textos que nos rodean⁴⁰”.

³⁹ Elsa Margarita Ramírez Lyva, “¿Qué sociedad lectora hemos formado?” en Daniel Goldin (Editor), *Op. Cit.* 152

⁴⁰ Judith Kalman, “ENL. Ocho preguntas y una propuesta” en Daniel Goldin, *Op. Cit.* Página 162

Es necesario recordar que la lectura es una práctica a la que no todos acceden, como lo es el lenguaje oral o el hablar. Por ejemplo, de las aproximadamente tres mil lenguas humanas, sólo se escriben 70. Así, todos aprendemos a hablar, pero solamente aprendemos a escribir y leer algunas lenguas, en algunas sociedades y bajo ciertas condiciones. No reconocer esa realidad lleva a equívocos como asumir la práctica de un sector social como si fuera una situación generalizada, casi natural. Así por ejemplo, “El informe de la encuesta –nos recuerda- hace afirmaciones como: Se encuentra una estrecha relación entre haber recibido como regalo libros por parte de padres y familiares y el gusto por la lectura. Casi cuatro de cada diez entrevistados que recibían frecuentemente libros como regalo declaran que les gusta mucho leer. La circulación de libros entre los familiares, las costumbres de hacer regalos y obsequiar libros no son universales y tampoco pueden considerarse prácticas neutras ya que pertenecen a grupos sociales donde los regalos y la lectura son parte de lo que se acostumbra hacer. En las familias pobres, donde se vive con recursos económicos escasos, el gasto se asigna a lo esencial para sobrevivir: alimentación, salud, vivienda y transporte”.

Ello queda más claro en la afirmación de Fernando Reimers a propósito de la evaluación que realizó la OCDE en varios países. Las competencias lectoras son muy distintas al interior de cada país. “En el caso de México 16% de los jóvenes de 15 años que estaban en ese momento matriculados en la escuela secundaria tenían serias deficiencias para comprender un texto simple (nivel 0); 28% podían apenas identificar el tema central de un texto (nivel 1); 30% podían ubicar información directa y realizar inferencias simples (nivel 2); 19% podían establecer relaciones entre información contenida en un mismo texto (nivel 3); 6% puede hacer interpretaciones más sutiles del lenguaje (nivel 4); 1% podía encontrar información con la que no estaba familiarizado y leerla críticamente (nivel 5). Tomando en cuenta que sólo 51% de los jóvenes de 15 años están matriculados en la escuela y que es improbable que los que la han abandonado antes de esta edad tengan niveles de competencia lectora superiores a quienes persisten en ella, estas cifras permiten cuestionar como demasiado simple la definición de alfabetización reflejada en el censo”,⁴¹

⁴¹ Fernando Reimers, “Lectores competentes y expansión escolar en México” en Daniel Goldin, *Op. Cit.* P. 176

Más adelante este mismo autor nos recuerda lo siguiente: A la pregunta de la encuesta “Qué tanto entiende lo que lee” 15% contestó *todo*, 44% contestó *mucho*, 27% contestó *algo*, 14% contestó *poco* y 0.4% contestó *nada*”.

En términos de Gregorio Hernández Zamora: “La Encuesta Nacional de Lectura (ENL) confirma en lo fundamental que pensar en la lectura como un hábito de comportamiento individual es un reduccionismo que ha impedido ver que leer y escribir no son conductas de individuos aislados sino prácticas sociales inseparables del acceso de los individuos y grupos sociales a la escolarización y a la participación social y económica. Son por lo tanto, prácticas desigualmente distribuidas entre grupos sociales situados en diferentes segmentos de la división global actual del trabajo, el poder, y el conocimiento”. En un artículo del mismo autor publicado en 2003, donde se refiere a la intención del gobierno federal de hacer una encuesta sobre los hábitos de lectura, afirmaba lo que ahora refiere a propósito de la encuesta: “Se gastarán varios millones de pesos en una evaluación sobre los hábitos de lectura de 54 millones de mexicanos que no tienen el hábito de comer (según cifras de Sedesol), de 24 millones de exiliados que no tuvieron el hábito de quedarse a morir hambre en su tierra y prefirieron emigrar a Estados Unidos, de un millón de damnificados económicos que cada año migran hacia ese país, de unos 35 millones de adultos que no tuvieron el hábito de iniciar o terminar la educación básica, y de millones de mexicanos que no tienen el hábito de tener empleo o salario dignos. ¿Qué hábitos se van a medir en realidad? ¿Los hábitos y las habilidades de lectura? Hablar de hábitos y habilidades de lectura de una población excluida de la educación, el trabajo y el desarrollo económico es simplemente absurdo, tan absurdo como evaluar los hábitos alimenticios de millones de pobres que no tienen acceso a la canasta básica o a los hábitos de higiene de quienes carecen de agua potable”⁴².

De ahí que no sorprenda –afirma más adelante– los resultados de la encuesta, pues “*leer es una actividad ligada a la educación y al tipo de ocupación de las personas*, y México es un país donde prevalece una profunda segregación educativa y social entre clases sociales y regiones del país”, por lo que encuentra la encuesta sobre

⁴² Gregorio Hernández Zamora, “Encuesta nacional de lectura: ¿Hacia un país de lectores? En Daniel Goldin, *Op. Cit.* Pág. 205

lectura en términos de este autor es otra cosa. Afirma: “Lo que la ENL estaría informando no es, entonces, si las personas leen o no por iniciativa personal, sino qué leen según su empleo o subempleo y su relación con la escuela (escolaridad, tipo y nivel de escuela). En otras palabras: *no se está midiendo la incorporación de la lectura al repertorio personal de recursos intelectuales y comunicativos; sino que se están comparando y jerarquizando prácticas de lectura ligadas a categorías sociales que tienen que ver menos con la lectura que con la división social del trabajo, la educación y el ingreso económico*”⁴³

De ahí que la contextualización social de la lectura sea una condición imperativa para evaluar con rigor su desempeño. Como afirma este autor: “Para los hijos de las clases populares, que son socializados en contextos familiares donde no se lee “buena literatura” ni se hablan variantes “cultas” de la lengua, proponerles leer obras literarias o de autores “trascendentes” sin más (o sea, sin ayudarles a entrar en la conversación literaria en la que cobran sentido) significa ponerlos frente a demandas que los sobrepasan. Por otro lado, la lengua escrita es una especie de segunda lengua, cuyo aprendizaje tiene lugar en espacios de socialización secundaria, como las escuelas, universidades o comunidades letradas de otro tipo. Pero son justo estos espacios, y especialmente las comunidades letradas, en donde los sectores populares han sido históricamente segregados”

Más adelante en el mismo texto, precisa esta novedosa concepción en nuestro país sobre la lectura: “...a nivel internacional la investigación sobre las prácticas de lectura reconoció desde hace décadas el carácter de la lectura como una práctica social diversa (en géneros, propósitos, contextos, modos), e inseparable de prácticas sociales más amplias (trabajo, comercio, religión, política, derecho, periodismo, arte, ocio, educación). En este sentido, sabemos desde hace décadas, que el ejercicio de prácticas culturales como leer o escribir, no depende de hábitos puramente psicológicos e individuales, sino *del lugar que las personas (los lectores) ocupan en las relaciones sociales, institucionales y culturales, que son las que hacen accesibles o restringen ciertas prácticas de leer, escribir, hablar y pensar*. Por ejemplo, una trabajadora doméstica y una profesora universitaria, en tanto lectoras, no se distinguen tanto por sus “hábitos”, como por las

⁴³ *Ibid*, pág. 209 (subrayado del autor)

demandas y oportunidades radicalmente distintas que tienen para leer, pensar y hablar sobre lo que leen y piensan”.

En no considerar esa circunstancia social de la lectura conduce, ordinariamente, a universalizar la manera en que la concibe la clase media o alta en sus hábitos de lectura. En el fondo, ello significa mantener una concepción elitista y discriminadora al asumir como general lo que en rigor es una práctica social clasista. Estas consideraciones conducen a una situación relevante en el análisis de los hábitos de lectura, y es el entender que la práctica de la lectura como el hábito de manejar cierto lenguaje está íntimamente ligado a la relación con otros hablantes y practicantes de la lengua hablada y escrita. “Esto significa, (nos explica Gregorio Hernández) por ejemplo, que uno puede leer una novela o un libro científico con niños o adultos de baja escolaridad, a condición de apoyar o andamiar su lectura: establecer una conversación previa o paralela que genere interés y motivación para leer dicho libro; anticipar el argumento o temas del mismo, leer junto con ellos, explicando pacientemente lo que haya que explicar para involucrarlos en la historia o en el tema (palabras desconocidas, frases complicadas, pasajes oscuros, referencias históricas, culturales o textuales indispensables para entender de qué se habla y por qué); hacer recapitulaciones; relacionar lo que se lee con textos, historias, temas, o situaciones familiares para ellos; etc. Este trabajo pedagógico, indispensable para acceder no sólo a la lectura, sino al conocimiento y al pensamiento conceptual y crítico, es lo que los libros no proporcionan por si mismos”⁴⁴.

Un clásico sobre la lectura en nuestro país, Felipe Garrido, anota el dato que ofrece la encuesta: “54.7% de los entrevistados afirmaron que durante el último año no habían gastado nada en libros, y 20.1% han gastado menos de 500 pesos. Sumadas estas dos respuestas son 74.8%. Apenas 6.1% gastaron más de 1000 pesos en ese tiempo; 95.2% nunca han estado suscritos a ninguna publicación; 31.1% nunca han ido a una biblioteca, 2.5% no se acuerdan. Del 66.4% que han ido a una biblioteca, 24.7% no han ido en cinco años o más y 11.6% no saben o no contestan”.

⁴⁴ Gregorio Hernández, *Op. Cit.* Página 219

Más aún, refiere este autor: “De los entrevistados, 56.4% declararon que acostumbraban leer libros, y 30.4% más respondieron que en algún momento de sus vidas leyeron libros, pero sobre el 56.8% que resulta de sumar esos dos grupos, más de la mitad 51%, no pudieron recordad cuál era el último que habían leído”.

Unas pocas líneas atrás este autor refiere un dato que menciona el exrector de la UNAM, José Sarukhán acerca de los 150 000 egresados de secundaria que presentaron el examen de selección para entrar a la preparatoria de la UNAM, dice el exrector: “A este grupo se le aplicó un conjunto de exámenes de comprensión de lectura en el primer semestre de bachillerato; 35% de esos 35 000(estamos hablando de entre 10 y 12 000 estudiantes) tenían precisamente cero capacidad de comprensión de la lectura que les habían dado: no podían hacer un resumen, ni relatar la trama del texto, o decir quién era el personaje más importante de la narración”⁴⁵. La pregunta obligada ante esa realidad es ¿Cómo lograron pasar los grados anteriores?, entre otros elementos de la respuesta está el que la definición de alfabetización no incluye leer correctamente.

Recientemente acaba de inaugurarse la Librería Universitaria en nuestra ciudad. Esto es un verdadero acierto en el camino de acercar los libros a los actuales lectores y facilitar, al mismo tiempo, el incorporar a la importante cuantía de lectores potenciales que abriga Ciudad Juárez. En ese rubro como se ve en la siguiente cita las carencias son mayúsculas. Afirma Tomás Gradados Salinas en un artículo elocuente sobre el tema: “Con base en los datos del *Atlas de infraestructura cultural de México*, que retrata con frialdad numérica la situación de nuestro país – y que es tolerante, por decir lo menos, al contar como librerías negocios que venden libros entre otros muchos productos-, se puede determinar que un índice como el que sugerimos aquí rondaría, para la distribución de librerías en el país, los 67.6 puntos porcentuales, cifra que revela una desigualdad aún más grave que la del ingreso mismo: el *Informe sobre desarrollo humano 2005*, del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, asigna a México un valor de 54.6 para el índice de Gini usual, más próximo a la extremosa Namibia (70.7) que a la equitativa Dinamarca (24.7). Así, la

⁴⁵ José Sarukhán, “Para la ciencia y el arte” en Fernando Solana (comp.), *Leer, escribir, contar y pensar*, Fondo Mexicano para la Educación y el Desarrollo, México 2003. 107-108. Citad por Felipe Garrido, “Los mexicanos como lectores” en Daniel Goldin, *Op. Cit.* Pág. 238

sesgada distribución de las librerías en México es comparable con la desigualdad de ingreso en la nación sudafricana. Apuesto a ciegas que indicadores semejantes para la distribución de otras entidades culturales – bibliotecas, museos, ¡teatros!- reforzarían la gravedad del diagnóstico”⁴⁶

Medidas como esta son indispensables para elevar los promedios de lectura y generar o reforzar los hábitos de lectura.

⁴⁶ Tomás Granados Salinas, “Ley del Libro, por favor”, en Revista *Letras Libres*, Agosto de 2007, año IX, número 104

Bibliografía

Adler J. Mortimer, *How to Read a Book. The Classic Guide to Intelligent Reading*. A Touchstone Book. Published by Simon & Schuster, Inc. USA 1972.

Argudín Yolanda y Luna María, *Aprender a pensar leyendo bien, habilidades de lectura a nivel superior*. Coedición Plaza y Valdés y Universidad Iberoamericana, tercera edición, México 1995.

Barthes Roland, Eco Umberto, Tzvetan Todorov y otros, *Análisis estructural del relato*. Ediciones Coyoacán, México, cuarta edición 1999.

Bloom Harold, *Cómo y por qué leer*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2000.

Bourdieu Pierre y Passeron Jean-Claude, *La reproducción. Elementos para una teoría de la enseñanza*, Editorial Fontamara, México 1995.

Calvino Italo, *Por qué leer a los clásicos*, Tusquets, segunda reimpresión, México 1994.

Castellanos Rosario, *Mujer que sabe latín*, Primera reimpresión de la tercera edición, México, 1997.

Cavallo Guglielmo y Chartier Roger, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Editorial Taurus, segunda reimpresión, España, 1998.

Cooper J, David, *Cómo mejorar la comprensión lectora*, Editorial Visor, España, Tercera edición, 1999.

Chartier Roger, *Cultura escrita, literatura e historia*. Fondo de Cultura Económica, México, 1999.

De la Torre Villar Ernesto, *Elogio y defensa del libro*, UNAM, cuarta edición, México, 1999.

De la Torre Villar Ernesto, *Breve historia del libro en México*, UNAM, 1999.

Ecco Humberto, *La estructura ausente*, Editorial Lumen, España, quinta edición, 1999.

Ecco Humberto, *Seis paseos por los bosques narrativos*, Editorial Lumen, Barcelona España, primera edición, 1996.

Freire Paulo, *La importancia de leer y el proceso de liberación*. Siglo XXI editores, octava edición, México, 1991.

Gardea Jesús, *Importancia de la lectura*, Conferencia Inaugural de los cursos de la Segunda Generación de la Maestría en Educación, UACJ, 1994.

Garibay Ricardo, *Oficio de leer*, Editorial Océano, México, 1996.

Garrido Felipe, *Como leer (mejor) en voz alta. Una guía para contagiar la afición a leer*, Fundación Mexicana para el Fomento de la Lectura, México, sin fecha.

Goldin Daniel, (Editor), *Encuesta Nacional de Lectura. Informes y evaluaciones*. Primera edición, México, 2006

Granados Salinas Tomás, “Ley del Libro, por favor”, en Revista *Letras Libres*, Agosto de 2007, año IX, número 104

Jitrik Noé, *Lectura y cultura*, UNAM, México, tercera edición, 1998.

Jolibert Josette y Gloton Robert, *El poder de leer*, Editorial Gedisa, cuarta edición, Barcelona, 1999.

Ladrón de Guevara Moisés, *La lectura*, Editorial El Caballito-SEP, México

Petit Michéle, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.

Robles Eduardo (Tío Patota), *Si no leo, me a-burro*, Editorial Grijalva, México, 2000.

Rodríguez Fischer Ana, *Por qué leemos novelas*, Editorial Ariel, Barcelona, 1998.

Varga Llosa Mario, Revista *Letras Libres*, Año II, número 22.

Zahar Vergara Juana, *Historia de las librerías de la Ciudad de México: evocación y presencia*, Plaza y Valdés, segunda edición, México, 2000.

Zaid Gabriel, *Los demasiados libros*, Editorial Océano, México, 1996.

Zaid Gabriel, *Cómo leer en bicicleta*, editorial Océano, México, 1996.

Zaid Gabriel, *De los libros al poder*, Editorial Océano, primera reimpresión de la segunda edición, México, 1997.

